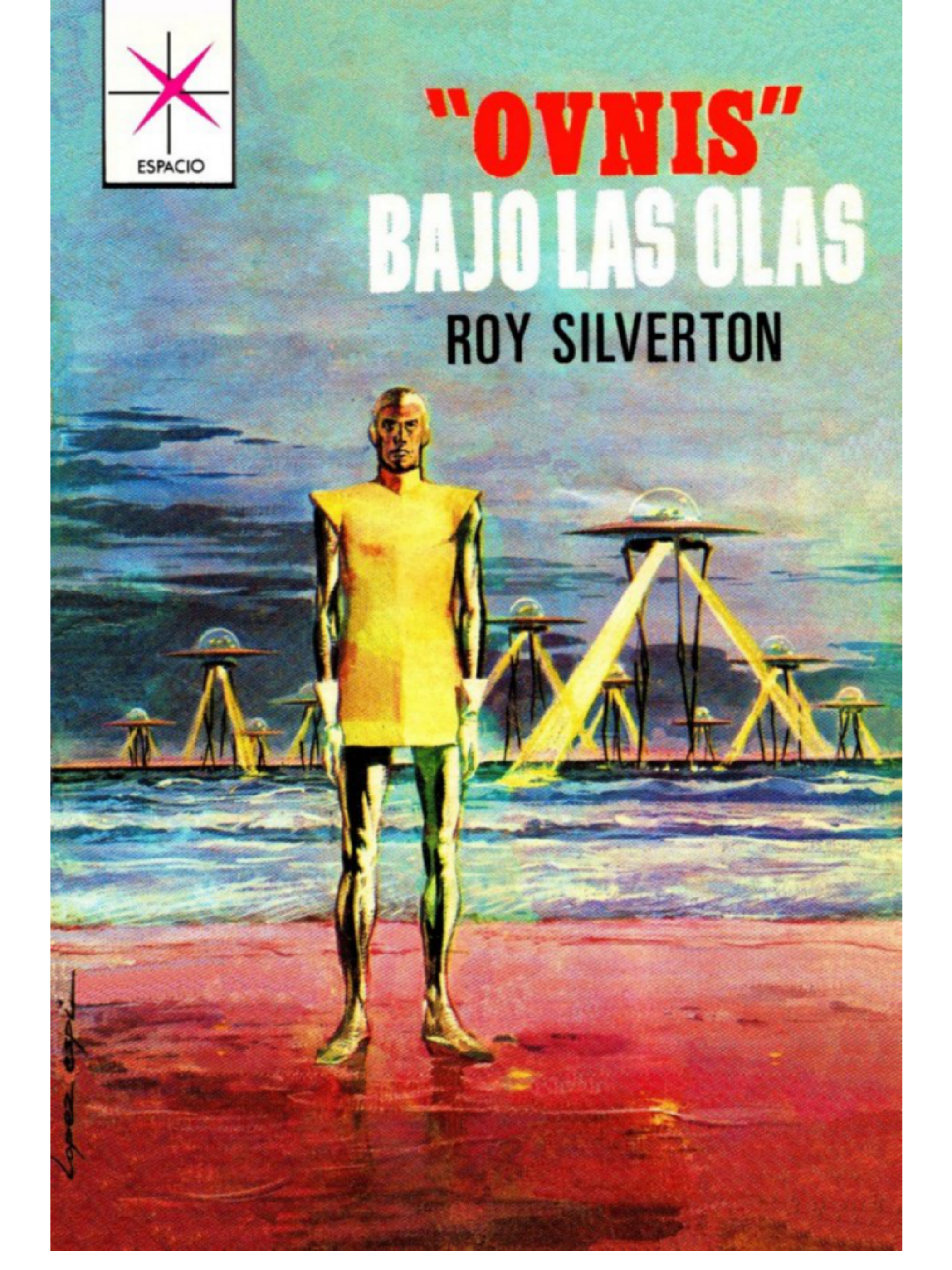

ESPACIO
"OVNIS"
BAJO LAS OLAS
ROY SILVERTON
Lopez Espí

ROY SILVERTON

«Ovnis» Bajo las olas

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Dr. Julián Álvarez, 151
BUENOS AIRES

PORTADA: LÓPEZ ESPÍ

Depósito legal: B. 42.113 - 1971

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

— ¡Peces, peces y más peces! —gruñó, malhumorado, Terence Lee, sentado junto al grueso cristal de la cámara de observación del batiscafo—. Si por lo menos uno pudiera entretenerse pescándolos…

El profesor Julius Weltz estaba sentado a su lado, ante una mesita, consultando un plano del fondo del océano Pacífico. Tenía ante sí un cuadro de mandos con diversos aparatos, que le indicaban sobre la marcha la dirección que seguían, la profundidad, la presión, el acondicionamiento interior del batiscafo y todos cuantos datos se precisaban para la continuación del viaje.

— Fotografíelos, joven — dijo sonriendo, mientras efectuaba anotaciones en una hoja de papel—. ¿No es ésta su misión?

— ¡Bah! ¿Cree usted, profesor, que habrá alguien capaz de aguantar una película de varias horas de duración y en la que sólo desfilan peces? Aunque se trate de monstruos de cabeza y boca tan enormes como ése, ¡Mire!

Weltz alzó la vista de su trabajo para mirar, desde su asiento ante la mesita, a través del grueso cristal de la cámara.

— Un *melanocetus* — manifestó —. Nada especial. Todos los oceanógrafos lo conocen.

El monstruoso pez abisal, captado unos momentos por la potente luz de los faros de la nave submarina, se alejaba ahora apresuradamente, asustado sin duda. El animal acababa de descubrir un monstruo más terrible que él.

Terence Lee hizo una mueca de disgusto.

— Es una pena que lo conozcan y que lo hayan bautizado ya — declaró.

— ¿Por qué? — quiso saber el científico.

— Me hubiera gustado bautizarlo yo.

— A título de curiosidad, ¿qué nombre le habría puesto?

El joven periodista gráfico contestó, sin vacilar:

— George Huntington, naturalmente.

— ¿Se refiere… al redactor jefe del «Philadelphia Sun», su

periódico?

— Al mismo. Le felicito por su intuición, profesor.

Julius Weltz había fruncido el ceño, al pronunciar sus últimas palabras, pero sonreía al mismo tiempo.

— Sospecho que no le tiene usted demasiada simpatía a su jefe, muchacho — comentó.

— Ha vuelto a acertar. Demasiada sería algo. No le tengo ninguna. ¿Se puede sentir aprecio por la persona que, abusando de su cargo, le envía a uno a permanecer varias semanas enterrado en el fondo del océano?

— Le ha dado a usted la oportunidad de realizar un formidable reportaje fotográfico, Lee.

— George Huntington es incapaz de dar ninguna oportunidad a nadie, profesor. Le atribuye usted cualidades que nunca ha tenido. Y si me ha puesto en el dilema de formar parte de esta expedición o dejar mi puesto en el «Philadelphia Sun», ha sido para tenerme alejado de Claire.

— ¿Quién es Claire? Comprenda que no estoy demasiado al corriente de sus amistades privadas. Prácticamente, usted y yo no nos conocíamos antes de iniciar el viaje…

— Se lo diré. Claire es la hija de Huntington, y a él, nuestras relaciones le sientan como un mazazo en la cabeza. No me considera a la altura necesaria, y hace cuanto puede por tenernos apartados.

— ¡Hum! —hizo el hombre de ciencia.

No se consideraba con derecho a intervenir en el problema de las relaciones entre el joven reportero y su jefe, ni en los motivos que éste pudiera tener para apartar a su hija de Terence Lee.

Julius Weltz era un hombre alto, corpulento, que estaba muy cerca de los cincuenta años. Su aspecto macizo, casi agresivo, contrastaba, sin embargo, con la expresión bondadosa de su rostro, casi siempre sonriente. Volvió a bajar la cabeza hacia su trabajo, como para dar a entender que no deseaba meterse en problemas ajenos.

Pero Terence Lee, joven e impetuoso, fuerte y atlético, estaba provisto de la agresividad que faltaba al hombre de ciencia. Una agresividad deportiva, noble, pero agresividad en definitiva.

— Huntington ha pensado que me fastidiaba con esto —

continuó —, pero se equivoca por completo. Claire volverá a mí tan pronto como regresemos. Y a menos que él me mande entonces a la Luna, o al planeta Marte…

— ¿Iría usted, Lee? — preguntó Weltz, para aparentar que seguía la conversación.

— Sí, porque sería igual. Claire me seguiría esperando. Ella no se parece en nada a su padre. He comparado a Huntington con ese pez… el *melanocetus,* creo que lo ha llamado usted; pero para encontrar un parecido con Claire, en la belleza del rostro, quiero decir, sería necesario que nos saliera al paso una sirena.

La sonrisa del hombre de ciencia se acentuó.

— Romántico, ¿eh? — dijo—. Temo que voy a darle una decepción, joven. Las sirenas pasaron ya a la historia, y dudo que nos encontremos con alguna, ni siquiera en estas remotas profundidades.

— Usted ha dicho hace poco que ningún ser humano había estado aquí hasta ahora, profesor. Por tanto, no sabemos qué se puede encontrar — replicó Terence obstinadamente.

Sabía muy bien que no podía defender la postura de encontrar sirenas, pero se estaba dejando llevar por su agresividad natural. Y pensaba que, discutiendo un poco, rompería la monotonía del viaje.

El profesor Weltz golpeó su mapa con la palma de la mano.

— Cerca de donde estamos se encuentra la gran fosa de Tonga — dijo—. Esto se sabe, aunque nadie haya estado nunca en su interior. Se desconoce su profundidad, pero nosotros nos introduciremos en ella y la calcularemos.

— No me seduce demasiado la idea de meterme en una fosa, se lo aseguro — gruñó Terence.

— Llámele trinchera en vez de fosa, es lo mismo.

— Lo de trinchera suena a guerra y, francamente…

Pero ¿qué espera encontrar en esa fosa o trinchera, aparte de más agua y peces de aspecto repelente?

— ¿Quién sabe? — dijo Weltz—. Existen muchas teorías respecto a las cosas que no se han comprobado aún, Lee.

— Cíteme una. Me distraerá un poco.

El profesor estaba ahora encantado por el giro que estaba tomando la conversación.

— Le citaré la que yo comparto, naturalmente. Con ello no

quiero decir que sea la auténtica. Pero con esta expedición quizá podremos comprobar si lo es o no.

— Me tiene sobre ascuas, profesor.

Terence hablaba en tono irónico, pero el hombre de ciencia no se lo tuvo en cuenta. Había empezado a lanzarse y no se detuvo.

— Se supone que todo este rosario de islas del Pacífico, que actualmente apenas emergen sobre la superficie del océano, son cimas de altísimas montañas que hundió un remoto cataclismo.

— ¿Qué tipo de cataclismo? — quiso saber el periodista.

— No se puede precisar. ¿Conoce usted las teorías de Hörbiger sobre una posible caída de la Lima sobre la Tierra?

— ¡Eh! ¡Pero la Luna todavía está ahí! —exclamó Lee, señalando hacia arriba —. No me refiero al techo de esta lata de sardinas en la que navegamos. Ya me entiende usted. Y a menos que haya caído durante estos días que llevamos enterrados en vida…

— Tranquilícese. Si hubiese caído, hubiéramos notado sus efectos. Además, yo no me refiero a esta Luna, a la actual. Tampoco se refería a ella Hörbiger, sino a otra luna que poseyó nuestro planeta hace muchos, muchísimos años. Centenares de miles. Quizá más de un millón.

— Al caer, sólo aplastaría dinosaurios, supongo — dijo Lee.

— Pudo aplastar a hombres — replicó el profesor, ahora muy serio—. ¿Ha oído usted hablar de la Atlántida y de los atlantes, muchacho?

— Una historia muy bonita. Se han ocupado de ella los poetas y los novelistas.

— También la Ciencia, Lee. La Ciencia, con mayúscula. Los atlantes pudieron ser una raza que se desarrolló precozmente y que consiguió una civilización muy avanzada, cuando el resto de los humanos, apartados de ellos, empezaban apenas a fabricarse instrumentos de piedra.

— ¿Y fueron precisamente los atlantes quienes tuvieron la desgracia de recibir el impacto de la luna derrumbada?

— Sigue siendo una teoría, Lee. Hörbiger la sostuvo, pero nada hay seguro. El nombre de la Atlántida suena desde muy antiguo, como el de su hipotética civilización. Le han buscado muchos posibles emplazamientos, entre ellos el fondo del océano Atlántico, cuyo nombre lleva. Nosotros la buscamos ahora en el Pacífico. Es el

principal motivo de nuestra expedición. No olvide que también se ha sostenido la idea de que el Pacífico se formó a consecuencia del choque experimentado con algún astro, que acabó cayendo sobre la Tierra.

— ¿Y qué espera encontrar en el fondo de esa fosa, profesor? ¿Restos humanos, instrumentos, huellas de ciudades?

— Tal vez encontremos… cavernas. Si es así, veremos qué hay en el interior de las mismas.

— ¿Cavernas… a esas profundidades?

— No es seguro que las paredes de la fosa constituyan una masa compacta. Menos aún, si todo ello es debido a un derrumbamiento apocalíptico, provocado por la caída de algo tan colosal como un astro, haya sido o no otra luna de nuestro planeta.

Terence Lee hizo una mueca indicadora de que no estaba convencido.

— Si ese astro era tan enorme, ¿dónde se encuentra?— preguntó —. Parece que, lógicamente, debería asomar fuera del mar, ¿no le parece?

— No olvide la zona de magma sobre la cual «navegan» los continentes, Lee — replicó el profesor—. Supongo que, por lo menos, la teoría de Wegener sí que la conoce.

— Bueno… la recuerdo un poco. Unos continentes se distancian; otros se acercan…

— La India era una gran isla que, al «pegarse» al continente asiático y seguir empujando hacia el norte, provocó el levantamiento de la enorme cordillera del Himalaya. Le podría citar otros casos que demuestran que los continentes no están fijos.

— No hace falta. Pero ¿qué tiene que ver esto con nuestra luna caída? ¿O con la luna de su amigo Hörbiger, para ser más exactos?

— La luna, o el tipo de astro que fuera, pudo chocar primero con una gran isla, que sería nuestra Atlántida, y hundirla al fondo del océano. El terrible choque, a la vez desmenuzó al astro, y sus pedazos se hundieron parcialmente en el magma, bajo el lecho del mar. No olvide que, como ocurre con los icebergs flotantes, la parte hundida de los continentes es mucho mayor que la que asoma fuera del magma. Y hablo de magma para eludir la terminología científica.

— Se lo agradezco, profesor.

— De ser cierto todo esto — prosiguió Weltz —, los fragmentos de aquella luna se limitarían a ser montañas sumergidas en el Pacífico. Y si mira usted este mapa verá que se señala la existencia de diversas cordilleras…

El científico señaló de nuevo el mapa que tenía sobre la mesita, pero Terence rechazó la invitación con un movimiento de la mano.

— No hace falta — dijo—. Volvamos… a esas cavernas de que me ha hablado antes. ¿Piensa meter este trasto que nos envuelve en alguna de ellas? Me refiero al batiscafo, claro.

— Nos meteremos hasta donde sea posible. Después, saldremos a explorar directamente. Éste es el plan.

— ¿Saldremos? ¿Usted se ve capaz de salir del batiscafo… a una profundidad superior a los ocho mil metros?

— Dentro de una caverna no tendremos ocho mil metros de agua encima, joven — dijo Weltz—. Si es profunda, sobre todo, la presión disminuirá hasta el punto de permitirnos movemos por su interior con nuestros equipos de buzo.

— ¡Hum! —hizo Lee—. Le aseguro que la idea no me seduce, a pesar de todo. Como no me sedujo formar parte de esta expedición. Pero Claire quiso que obedeciera a su padre. Compréndalo, ella no tiene de Huntington el mismo concepto que yo. Si me hubiese oído cuando he querido perpetuar su apellido dándoselo a uno de esos horribles peces…

Señaló al exterior, a través del cristal de la cámara de observación, situada en la parte más baja del batiscafo. Y se quedó de pronto callado, mirando fuera, tenso, como si los ojos se le salieran de las órbitas.

Julius Weltz, al advertir que el joven sacaba a relucir de nuevo a la hija del redactor jefe del periódico, prefirió dar la conversación por terminada y se encaró de nuevo con su trabajo.

Por esto no pudo ver la expresión del joven periodista, en la que había una mezcla de sorpresa y de espanto. No vio el «shock» que se había producido en Terence Lee, pero captó el tono descompuesto de su voz cuando, por fin, el joven pudo pronunciar unas palabras.

— ¡Profesor! ¿Dijo usted antes que nosotros éramos *los primeros* en descender a estas profundidades?

— ¿Eh? Desde luego. Pero ¿qué le pasa, Lee?

Weltz levantó una vez más la vista dé su trabajo.

Vio ahora la expresión del joven, que seguía señalando al exterior, inmóvil, como petrificado. Como si el brazo se le hubiese quedado fijo en aquella actitud.

El científico se alarmó un poco.

— ¿Qué sucede, Lee? — preguntó.

— ¡Mire!

Julius Weltz volvió la cabeza en la dirección señalada por el dedo del periodista. El batiscafo navegaba bajo, muy cerca del fondo, que se veía claro, en un radio bastante extenso, iluminado por los potentes focos de la nave. Era un fondo arenoso, liso en algunas partes y formando levísimas ondulaciones en otras. En algunos puntos, se veían también acumulamientos de materias diversas, que constituían el «plancton» de las grandes profundidades. De entre la masa de «plancton» escapaba de vez en cuando algún pez, siempre de horrible forma, propia de figura de pesadilla, que huía de la luz de los focos.

Pero todo esto era normal. Había sido normal desde que, una semana antes, habían iniciado el viaje por los fondos submarinos del océano Pacífico, desde la ciudad norteamericana de San Francisco.

Lo que no era normal eran las huellas de pies humanos que se veían marcadas sobre la capa de arena del fondo. Unos pies, no desnudos, sino calzados con gruesas botas — los pies de un hombre contemporáneo que habían surcado, no se podía saber cuándo, la arena del lecho del océano Pacífico, a cerca de ocho mil metros de profundidad.

¡Y daba la sensación de que el propietario de aquellos pies, y de aquellas botas, había estado andando por allí tranquilamente!

* * *

Terence Lee pudo, por fin, apartar la vista de aquellas huellas de pies calzados, que le habían retenido la mirada como atraída por una tremenda fuerza hipnótica.

Volvió su rostro hacia el profesor.

Julius Weltz parecía tranquilo. El descubrimiento no le había aterrado en absoluto. Pasado el primer momento de sorpresa ante el descubrimiento de las huellas, su cara había recuperado el aspecto bonachón que le conocía el periodista, alterado quizá por la

manifestación de una satisfacción interna, que el científico no podía ocultar del todo.

— ¿Esto… le da alegría? — preguntó Terence.

— En cierto modo, muchacho. ¿No comprende que puede ser la confirmación de mis teorías sobre la Atlántida?

— ¿Sus teorías? ¿Y qué tiene que ver la remota Atlántida con esas huellas recientes?

El joven señaló de nuevo las huellas, que se alejaban hasta donde permitía ver la luz de los focos. El batiscafo navegaba lentamente, cerca del fondo, siguiendo la misma dirección.

— ¿Qué le hace suponer que estas huellas son recientes?— preguntó el profesor.

— No me va usted a decir que llevan aquí siglos.

— *Pueden* llevar siglos. Y hasta milenios. Decenas y centenares de milenios. El fondo del océano no se mueve, y el formidable peso del agua puede haberlas «fosilizado», si me permite la expresión.

— ¿Y… no ha fosilizado a la persona que llevaba puestas esas botas, profesor?

— No me es posible contestar a su pregunta, Lee. Ante todo, deberíamos saber *cuándo* fueron marcadas esas huellas. Y hemos de sospechar que hace de ello muchísimo tiempo. ¡Porque la persona que marcó las huellas no andaba por el fondo del mar, sino por la superficie de un terreno que estaba fuera del agua!

— ¡Voy a volverme loco! —exclamó el periodista—. ¿Va a decirme que estamos contemplando las huellas de los pies calzados de un habitante de la Atlántida? ¿De un ser hipotético que vivió, quizá, hace más de un millón de años?

Julius Weltz sonrió con gesto triunfal. Para él, el descubrimiento de las huellas no era un motivo de terror, sino la confirmación de una teoría científica.

— Desde este momento, el ser que anduvo por aquí ha dejado de ser hipotético — dijo—. Creo que estará de acuerdo conmigo en que es un punto que no se puede discutir.

— Lo que yo le discuto es que se trate de las pisadas de un atlante — replicó Terence.

Poco a poco, había ido recuperándose del «shock» y volvía a ser el joven agresivo de siempre.

— ¿De quién, pues? — preguntó Weltz.

— No tengo idea.

— Entonces, estamos perdiendo el tiempo. Pero cabe suponer que estas pisadas se dirigen a alguna parte o, por lo menos, desaparecerán en algún punto del fondo. Mi idea es que las sigamos mientras nos sea posible.

— En eso estamos de acuerdo — admitió el periodista—. Y… puesto que hemos encontrado algo más que peces, tengo aquí mi cámara cinematográfica y las voy a filmar. Aunque no sé qué crédito darán luego a mi película los que la vean.

Tomó la cámara y se dispuso a hacerla funcionar.

Weltz, mientras, se dirigió a un intercomunicador instalado a un lado de la mesita. Oprimió un pulsador y se oyó un zumbido distante en el silencio del interior del batiscafo.

—¿ Sí… ? — respondió una voz, atendiendo a la llamada.

— Reeds… ¿ha visto usted lo mismo que nosotros? Me refiero a esas huellas de pisadas en la arena del fondo.

Tony Reeds era el piloto del batiscafo, y con él se completaba la dotación de la nave submarina. Desde la cámara de máquinas, y con voz todavía algo alterada, contestó:

— Las he visto, profesor, y todavía tengo los pelos cíe punta. Me ha faltado ánimos para llamar y avisarles.

— No ha hecho falta, porque nos hemos dado cuenta también. Desde luego, no se alarme, Reeds. La cosa ha de tener una explicación lógica, y es lo que nos proponemos buscar. Siga la dirección de esas pisadas a una velocidad muy moderada, como hasta ahora. Eso es cuanto quería decirle, Reeds. Y no se sorprenda por nada de cuanto pueda ver a partir de ahora.

— Intentaré no sorprenderme, por lo menos. No siempre se puede conseguir. De todos modos, seguiré sus instrucciones, profesor.

— Bien, Reeds. Gracias.

Lo comunicación quedó cortada. Weltz se volvió hacia Terence Lee, que estaba aún sosteniendo su cámara cinematográfica, enfocada a través del cristal de la estancia del fondo del batiscafo.

— Que se vean bien, muchacho — aconsejó.

— Se verá. Aunque sigo creyendo que nadie va a creerlo — dijo Terence. Su voz se había vuelto a alterar de nuevo—. Porque… ¡mire ahora, profesor! ¡Allí! ¡En el límite máximo que alcanzan los

focos del batiscafo!

— ¿Qué ocurre ahora? ¿Más novedades, Lee?

Julius Weltz miró en la dirección señalada por el joven periodista. Y unos momentos más tarde, sólo pudo exclamar:

— Esto es… ¡increíble!

Sin embargo, lo estaba viendo. Lo estaban viendo los dos. Lo que señalaba Terence Lee era una figura humana. Por lo menos, tenía toda la apariencia de serlo.

¡Y *aquel ser, humano o no, estaba de pie sobre el lecho del océano Pacífico, a ocho mil metros de profundidad, mirando hacia el batiscafo, que se iba acercando lentamente!*

CAPÍTULO II

Se produjo una llamada en el intercomunicador, y momentos después se oía la voz de Tony Reeds, el piloto de la nave:

— ¡Profesor! ¿Lo… lo ha visto? ¿Lo han visto ustedes?

Weltz se acercó al aparato, aunque con la mirada fija todavía en la distante figura.

— Sí, Reeds — dijo—. Mantenga la serenidad. Mantengámosla todos.

— Por mi parte, lo intento. ¿Qué… qué vamos a hacer?

El científico reflexionó unos momentos. Como la vez anterior, cuando fueron descubiertas las pisadas sobre el lecho del océano, dio la sensación de que recobraba rápidamente la calma.

— Ese ser, cualquiera que sea su origen — dijo —, ha visto que nuestro batiscafo avanzaba en su dirección, y ha tratado de huir. Pero, sin duda, ha comprendido que nosotros somos más veloces y ha decidido detenerse.

— ¿Y ahora…? — murmuró Reeds a través del intercomunicador.

— Nos acercaremos más, para identificarle por completo. Detenga del todo la marcha del batiscafo cuando estemos a pocos metros de ese extraño personaje, Reeds.

— Bien, profesor.

Desde junto al cristal, todavía con la cámara cinematográfica en las manos, Terence Lee se volvió hacia el hombre de ciencia.

— ¿Y… si nos ataca, profesor?

Weltz hizo un gesto de desprecio.

— ¡Bah! ¿ Qué imagina que puede hacer contra nosotros? Estamos completamente protegidos, dentro de la nave.

— Yo no sé qué puede hacer, profesor. Tampoco me explico cómo puede estar de pie, dentro del agua, a esta profundidad. Si ha conseguido esto, también puede disponer de medios, ignorados por nosotros, para destruimos.

— Su razonamiento no carece de lógica, muchacho — admitió Weltz—. Pero esperemos lo mejor. Tiene que haberse dado cuenta

de que nuestra nave está desarmada y, por lo tanto, no abrigamos intenciones hostiles. Por su parte, no parece que adopte ninguna actitud agresiva. Nuestro personaje está quieto…

El batiscafo estaba ahora mucho más cerca que al principio del sorprendente ser que seguía de pie, mirándoles. Tony Reeds, siguiendo las instrucciones del profesor, que era a la vez jefe de la expedición, avanzaba muy lentamente.

Y, poco a poco, el ser aquel pudo ser identificado. Terence Lee soltó una exclamación, acompañada de un silbido.

— ¡Profesor! ¿Dijo usted que las sirenas eran cosa del pasado? ¡Pues mucho me temo que se equivocó plenamente!

— ¡Es… una mujer! —dijo Weltz.

Por lo menos, tenía aspecto femenino. La larga cabellera rubia, que le caía sobre los hombros, bajo el casco esférico y transparente, y el abultamiento del busto, en un traje de difícil identificación, que se hubiera podido tomar por una variante de las armaduras de los guerreros medievales, identificaban su sexo.

Sobre el extraño traje, y ajustados a la espalda, a modo de mochila, llevaba dos cilindros, que lo mismo podían servir para suministrarle aire que para darle propulsión a través del agua. Aunque esto último parecía descartado, puesto que, de acuerdo con las huellas, había estado avanzando a pie.

— ¿ Quién puede ser y de dónde puede haber salido?— preguntó Terence, mitad para sí mismo y mitad para el profesor.

El batiscafo se había detenido definitivamente, y su luz iluminaba de pleno a aquella mujer, hermosa y joven.

— Es lo que tendremos que averiguar, Lee — dijo el científico, contestando a la pregunta del periodista.

— ¿De qué modo? ¿Ve algún medio de comunicarse con ella? ¿Sabemos siquiera qué idioma habla… si es que habla alguna lengua terrestre?

Julius Weltz le miró con fijeza.

— ¿Qué quiere decir, muchacho? — preguntó.

— Quiero decir… *que esa mujer no es terrestre*! *No puede serlo en modo alguno*!

La sonrisa de Weltz se intensificó.

— ¿No cree que la afirmación resulta un tanto aventurada? Sólo porque está en el fondo del mar, con un traje especial…

— ¿Quién ha construido ese traje? ¿De qué materia está hecho, para que no se aplaste bajo la terrible presión del agua?

— Carezco de datos para contestar a sus preguntas, Lee. Pero también se podría creer que nuestro batiscafo no puede soportar la presión a esta profundidad, y a pesar de todo, aquí estamos. Sólo que nosotros trabajamos para la Sociedad Científica Americana, nuestra expedición ha sido divulgada por los medios de comunicación… y el viaje de esta mujer puede obedecer a fines privados.

— ¡Hum! —hizo Lee—. Lo que pasa es que usted se niega a reconocer que sus teorías se han ido al diablo. Yo no sé si nuestra pobre Tierra tuvo alguna vez otra luna y ésta cayó, hundiendo continentes y formando la gran fosa de Tonga. ¡Pero la verdad es que las huellas que vimos no tenían nada de fosilizadas ni de remotas! ¡Acabamos de comprobar que eran muy recientes!

— Eso, lo admito — dijo el profesor—. Y en cuanto al resto, no tardaremos en saberlo.

— ¿ Cómo? ¿ Piensa salir a capturar a esa mujer?

— Pienso… hacerla entrar en el batiscafo, lo que viene a ser aproximadamente lo mismo, en cuanto al resultado práctico.

Fuera, la joven seguía en el mismo lugar, inmóvil, mirando hacia la nave submarina, convencida sin duda de que todo intento de huida no le serviría de nada.

Aparte de los cilindros de su espalda, no llevaba encima nada que se pudiera identificar como un arma. Y su actitud, tampoco anunciaba ningún intento de agresividad.

Esto había contribuido a calmar, en parte, los nervios de Terence Lee, y posiblemente también los de Tony Reeds, en su cámara de pilotaje. Fue éste quien hizo uso de la palabra en aquel momento, a través del intercomunicador:

— El batiscafo, parado, profesor. ¿ Piensa hacer algo?

Weltz contestó por el mismo procedimiento:

— Voy a hacerle señales para que se acerque, a la compuerta de acceso a la nave; luego la haremos pasar al interior. Esté preparado.

— Bien, profesor.

La compuerta de acceso al batiscafo era doble, constituyendo una pequeña cámara aislada, que se podía vaciar de agua una vez cerrado el paso al exterior. Se abría después el paso al interior y, de

ese modo, se evitaba que la nave fuese invadida por el líquido elemento.

Tony Reeds se dispuso a manejar los mandos para efectuar esta operación tan pronto como el profesor se lo indicara.

Terence Lee, ahora casi completamente calmado, estaba manejando de nuevo su cámara cinematográfica, filmando a la muchacha del exterior.

— Por si se niega a obedecernos y no entra en la nave — manifestó.

— Esperemos que nos haga caso. Intentaré hacerle comprender que no pensamos hacerle daño — dijo Weltz.

Se situó frente al cristal, al lado de Lee, y se puso a gesticular hacia la mujer, que seguía mirándoles.

Miraba, pero no parecía dispuesta a hacer caso a las señales. El científico se impacientó ligeramente.

— ¿ Habremos de creer que no entiende mis gestos? — murmuró.

— Tal vez no quiere obedecerlos. Cabe ¡a posibilidad de que no le convenga hacerlo—indicó Terence.

— ¿Pero por qué se ha de negar? Le ofrecemos ayuda desinteresada.

— Quizá no la necesita.

— ¡Esa mujer no puede cruzar andando todo el lecho del océano Pacífico, joven — gritó Weltz—. ¡Claro que nos necesita!

— Sin embargo, está ahí. Sus medios habrá tenido para llegar.

— Mi idea es que uno de esos cilindros, por lo menos, le habrá servido de propulsor y, en un momento dado, ha sufrido una avería — dijo Weltz—, Es lo que le ha obligado a posarse en el fondo y continuar su marcha andando. En definitiva, que sin nosotros se encontraba en una situación desesperada.

— No obstante, todo da a entender que huía del batiscafo — observó Terence—. Tenía, tal vez, la remota esperanza de no ser localizada. No se necesita demasiada ciencia para darse cuenta de ello, profesor.

Pareció que Weltz se daba por vencido.

— Está bien, muchacho — dijo—. Quizá… quizá se trata de algún tipo de espionaje. Yo soy hombre de ciencia, no político. Pero sigo creyendo que, a pesar de todo, no se la puede abandonar.

— ¿Ve algún medio de obligarla, si ella se niega a entrar en el batiscafo, profesor? Salir a buscarla nos es imposible…

La sonrisa se afianzó en los labios de Weltz.

— No podemos salir… pero podemos «pescarla», amigo mío — dijo.

—¿Eh…?

— Se olvida usted de la red metálica. La que llevamos para recoger algo que nos interese llevarnos con nosotros, o capturar algún pez de especie no identificada aún. Funciona automáticamente, a través de la compuerta. No le hemos utilizado durante estos días de viaje… ¡pero lo haremos ahora!

No esperó más. Se acercó al intercomunicador y oprimió el mando de llamada.

Contestó la voz Tony Reeds:

—¿Alguna novedad, profesor? Parece que la dama no está dispuesta a moverse.

Todo indicaba que en el ánimo del piloto del batiscafo había retornado también la tranquilidad.

— Escúcheme bien, Reeds — dijo el científico —. Vamos a capturarla con la red metálica. No hace falta que se acerque más. La distancia es suficiente. Láncela de pronto, en dirección a la mujer, y tome las debidas precauciones para que quede apresada. En todo caso, ella no puede correr, y aunque trate de huir, acabaremos capturándola.

— Bien, profesor. Voy a hacer girar ligeramente el batiscafo, para asegurar el lanzamiento.

Y fue entonces cuando una voz, que no era la de Tony Reeds, sonó fuerte y poderosa en el intercomunicador:

— *¡No van a hacer nada de esto! ¡Su nave permanecerá quieta y detenida! ¡Lo contrario podría significar su destrucción y el fin de todos ustedes!*

La voz no era la de Reeds. *¡Y aparte del piloto, el profesor Weltz y Terence Lee, en el batiscafo no viajaba nadie más!*

* * *

Esta vez el «shock» fue brusco, incluso para Julius Weltz. Terence Lee dio un salto atrás y estuvo a punto de escapársele de

las manos la cámara cinematográfica.

— ¿Qué…? — exclamó el joven.

El intercomunicador volvió a hablar. Esta vez, sin embargo, era la voz de Tony Reeds, que sonaba muy descompuesta:

— ¿Han… han oído ustedes? ¿Quién… quién está ahí, profesor?

El extraño aviso, la amenaza, había resonado también, pues, en el intercomunicador del piloto.

— ¡No es posible que en la nave haya nadie escondido! — gritó Weltz, tratando de dominarse—. ¡No existe sitio para ello!

— No dirá usted que esa voz pertenecía a alguno de nosotros — pudo manifestar el periodista.

Julius Weltz no contestó a estas palabras del joven. Estaba aún ante el intercomunicador conectado; se agachó hacia el mismo, y dijo:

— ¿Quién ha hablado? ¿Quién es usted? ¿Dónde está? ¿ Me oye?

Recibió respuesta inmediatamente. Con el mismo tono de voz que la anterior. Una voz que hablaba en inglés, como los tres ocupantes del batiscafo, pero en un tono frío, impersonal, como aprendido en una academia. La persona que hablaba, fuese quien fuese, evidentemente no era un anglosajón.

— Demasiadas preguntas, y siento no poder contestar a ninguna. Todo lo que han de hacer ustedes, si quieren sobrevivir, es limitarse a obedecerme.

Terence Lee notó el estremecimiento que le recorría la columna vertebral. El profesor, a pesar de todo, parecía sobreponerse a la emoción.

— Supongo que, en estas circunstancias, no podemos elegir — dijo, hablando por el intercomunicador —. ¿Qué nos pide usted? ¿Qué sigamos aquí, parados indefinidamente?

— Les pido sólo que no hagan nada — contestó la voz—. Yo me encargaré de todo.

— ¿Qué es «todo»?

— El manejo de su nave. No fuercen sus motores, tratando de resistir al impulso que yo les doy. Podrían estallar.

— Pero… esto es incomprensible… — murmuró Weltz.

— Para ustedes, pero no para mí. Es cuanto tengo que decirles. Obedezcan, por su bien.

La voz hablaba siempre en el mismo tono, sin alterarse en

absoluto. Siempre con una especie de frialdad metálica, monótona.

— ¿Pero…y esa mujer? — preguntó Weltz —. Porque supongo que sabrá usted que la hemos encontrado…

— Déjenla. Seré yo quien me ocuparé de ella. Nada más

Todos comprendieron que intentar algo sería completamente inútil. Julius Weltz, con expresión abatida ahora, se volvió lentamente hacia el periodista.

— Esto escapa por completo a mis posibilidades — dijo—. No tengo más remedio que admitirlo.

— La voz… se ha interferido en nuestro sistema de comunicación desde el exterior; de eso no cabe la menor duda — murmuró Lee:

— Pero ¿ cómo? ¿ Por qué procedimiento?

El joven señaló a través del cristal de observación, hacia la mujer del exterior, que seguía allí, de pie sobre el lecho del océano, mirando en dirección a ellos.

— Tal vez, esa mujer — dijo Terence— lleva algo en la parte baja del casco, que puede ser un micrófono. Y… ¡yo diría que está sonriendo! ¡Se burla de nosotros, de nuestra impotencia!

— Lo veo — contestó el profesor—. Pero no creo que sea ella quien ha hablado. Aunque muy extraña, la voz tenía una tonalidad totalmente masculina.

— Entonces… la extraterrestre no está sola.

— *¿La extraterrestre?*

— Sí, profesor. Ya le dije antes que sus teorías se habían ido al diablo. Se acabaron sus atlantes y su pasado remoto. Nos hallamos ante un presente recentísimo. Es inútil que intentemos hacer nada ni averiguar nada. *Ellos* tienen medios mucho más poderosos que nosotros. ¡Porque es evidente que hemos tenido un encuentro con seres de otro planeta!

Por la posición relativa entre ellos y la mujer del exterior, se dieron cuenta de que el batiscafo empezaba a moverse. Con lentitud, pero de forma inexorable, llevándoles hacia un sitio que les era imposible adivinar.

La voz de Tony Reeds sonó de nuevo por el intercomunicador:

— ¡Estamos en marcha! ¡Yo… yo no he tocado los mandos para nada! ¡No tengo idea de dónde nos viene el impulso!

— Lo comprendo, Reeds — contestó Weltz—. Siga sin hacer

nada. Hemos de obedecer la orden. Estamos en una situación imprevista y completamente extraordinaria. Esperemos que el final no sea trágico.

La figura femenina desapareció del campo visual del gran ojo de buey de observación de la parte baja del batiscafo. Los focos ya sólo iluminaban ahora, nuevamente, el fondo arenoso del océano, sin huellas de pisadas de ninguna clase. Volvían a aparecer las acumulaciones de «plancton» y los peces extravagantes que huían asustados, ante la potente luz de los proyectores.

Weltz y Lee permanecieron un rato en silencio, fijos los ojos en el exterior, como si esperasen ver algo fuera de lo corriente.

— ¿Adónde nos llevarán? — preguntó por fin el periodista.

— Como puede usted comprender, no tengo la menor idea, muchacho — contestó Julius Weltz. Dejó el cristal, regreso a su mesita y echó una mirada al cuadro de mandos. Entonces, añadió—: Sin embargo… puedo precisar una cosa. Los indicadores funcionan. Sabemos, pues, la dirección en que viajamos.

— ¿Y cuál es, profesor?

— ¡Nos dirigimos en línea recta hacia la gran fosa de Tonga! Y tardaremos muy poco en estar allí. La fuerza que nos empuja está incrementando nuestra velocidad por momentos.

— En tal caso… — murmuró Terence—, aunque no sea de la forma deseada por nosotros, se cumplirá el objetivo de la expedición. Estaremos en la fosa.

— Preferiría estar a mi gusto y dirigiendo yo la maniobra. Comprenda que nuestra situación no es demasiado cómoda.

— A pesar de todo, le veo a usted aceptablemente tranquilo, profesor.

Estaba tranquilo, pero muy serio. La sonrisa había desaparecido de sus labios.

— Pienso una cosa — dijo—. Aceptemos que, realmente, hemos tenido un encuentro con seres extraterrestres.

— ¿Lo admite, por fin?

— No tengo más remedio. He leído relatos, más o menos científicos, de personas que aseguran haber encontrado a seres del otro planeta. Aparte de obligárseles a guardar silencio sobre detalles de lo que han visto, les han tratado bien. Y esto último es evidente, pues de lo contrario los relatos no existirían. Sólo que yo, hasta

ahora, no les había concedido demasiado crédito.

— ¿Y ahora?

— Hay que aceptar la realidad, Lee. Y esperar que, si hemos sido capturados por extraterrestres, no seamos tratados peor que los autores de los relatos de que le he hablado.

— Yo creo que no les hemos dado motivo para que se disgusten con nosotros. No les hemos buscado. El encuentro ha sido casual. Y si nos disponíamos a capturar a la mujer, era porque pensábamos que necesitaba ayuda.

— En efecto. Pero pienso que, si sólo querían deshacerse de nuestra presencia, les hubiera bastado ordenarnos que nos alejáramos. ¡Y le aseguro que yo lo habría hecho muy a gusto, Lee!

— También yo. Pero quizá lo que pretenden es darnos algún mensaje, algún tipo de instrucciones…

— Han interferido nuestra comunicación. Podían habernos dado las instrucciones a través de ella.

— ¡Diablos! No se ponga ahora pesimista, profesor. Estoy esforzándome por contemplar la situación desde el lado bueno. Por cierto… ¿cómo imaginaba usted a los extraterrestres? ¿Con una cabeza en forma de bola, unas largas antenas, en el extremo de las cuales tienen los ojos, y con unas orejas descomunales? Posiblemente, también, calvos y con la piel de un tono verdoso o agrisado, ¿no es cierto?

— Si he de decirle la verdad, no los imaginaba de ninguna manera. No creía en ellos.

— Pues ya ha visto un ejemplar. Son como nosotros. De aspecto absolutamente humano. Y sus mujeres, guapísimas — continuó el periodista —. Cuando le muestre la película a Claire, sentirá celos. O pensará que todo esto es un truco mío. Que he estado en otra parte, y no en el fondo del océano Pacífico.

Trataba de animarse, mientras la nave proseguía su marcha, arrastrada por una fuerza que le era imposible controlar.

Ahora se veían rocas, asomando por encima de la arena del fondo. El lecho del océano perdía su monótona igualdad, y el paso del batiscafo, un poco por encima de las rocas, les permitía apreciar, sin necesidad de consultar los aparatos, la velocidad a que viajaban.

— Con nuestros motores, nunca hubiésemos conseguido correr

tanto — comentó el profesor.

— Tal vez por esto nos han advertido que no los tocásemos — dijo Lee.

— Mire, muchacho — repuso Weltz, señalando fuera—. El fondo inicia una pendiente, en descenso, muy pronunciada. Es una especie de acantilado submarino. Y. es inmenso. La luz de los focos no alcanza el final.

— Lo cual significa…

— ¡Que nos estamos metiendo en la gran fosa de Tonga, amigo Lee! Ignoro si será para bien o para mal, pero esto significa que estamos cubriendo el objetivo de nuestra expedición.

— Le aseguro que no me entusiasma demasiado la idea. Pero hay que hacer frente a 1 a situación. ¿Quiere que filme unas escenas?

— Hágalo, Lee. Si enfoca la pared rocosa, se verá claramente que descendemos hacia el fondo de un gran abismo. Será la prueba de que hemos estado aquí.

— Esperemos que podamos exhibirla — musitó Terence, cuando tomaba nuevamente su cámara cinematográfica.

Enfocó al exterior, contra la pared rocosa, que los focos laterales del batiscafo iluminaban bien.

— Se observan grietas — hizo notar Weltz—. Algunas, lo suficientemente largas y anchas para que el batiscafo se pudiera introducir por ellas, si lo controlásemos nosotros. ¡Enfóquelas bien, Lee!

— Es exactamente lo que estoy haciendo.

Pareció que el profesor se animaba de nuevo, en aquel altibajo de cambios de humor provocados por las extraordinarias circunstancias que estaban atravesando.

— Estas grietas son un indicio de que hubo derrumbamiento— explicó—. Las rocas, al hundirse, no se empotraron unas con otras y dejaron estos enormes huecos, que después no se han rellenado, porque aquí no hay vientos que arrastren tierras. ¿ Me comprende, joven?

— Sólo a medias — manifestó Lee.

— Si hubo hundimiento, y si estas tierras estaban habitadas cuando afloraban a la superficie, en algún lugar hemos de encontrar restos, que constituirán la prueba.

— ¿Piensa todavía en sus atlantes, profesor?

— No puedo evitarlo. Siempre he sido partidario de la teoría de que existieron y que un enorme cataclismo acabó con ellos. Y una idea tan largamente alimentada en el cerebro no se puede apartar ahora, que estamos en el lugar, pese a las inexplicables circunstancias que nos han traído hasta aquí.

— Yo también preferiría pensar en otra cosa, pero no puedo. Ni siquiera puedo pensar en Claire.

— Sin embargo, la nombra — sonrió el profesor.

— Por proximidad. Por las maldiciones que lancé mentalmente contra su padre, por haberme mandado a esta expedición. ¡Todo para alejarme de Claire!

— Si después del contacto con los seres galácticos encontramos, además, los vestigios que yo busco, la expedición habrá sido un doble éxito para usted. Le hará famoso.

— Si regresamos, profesor.

— Esperémoslo.

— ¿Qué pasará si a esos tipos se les ocurre llevarnos a su lejano planeta? ¡Haré definitivamente feliz a Huntington, que esperaba ya una expedición a la Luna o a Marte, para enviarme, como ya le dije!

En vez de contestar a los comentarios del joven, Weltz hizo notar:

— Parece que nuestra velocidad de descenso hacia el fondo de la fosa disminuye. Estamos siendo frenados…

— Quizá nos acercamos ya al final de nuestro forzado viaje. Forzado, aunque sea el sitio donde nos proponíamos ir, profesor.

Weltz señaló una gran cavidad que se iniciaba en la pared rocosa, por debajo de su puesto de observación.

— No me sorprendería — dijo —. Vea esto. Una auténtica gruta. Exactamente lo que le anuncié, Lee.

Mis suposiciones se ven confirmadas cada vez más.

— ¡Hum! ¿Cree que nos meterán dentro?

— No tardaremos en saberlo. Estamos ya frente al mismo centro de la entrada.

En efecto, la enorme boca de la caverna, por la que hubiera podido pasar cómodamente un poderoso acorazado, aparecía ahora ante ellos en toda su negrura interior, que los focos del batiscafo no conseguían disipar. Todo lo que alcanzaba la luz, al penetrar en la

cueva, era agua y más agua.

Una vez más, se oyó la voz del piloto en el intercomunicador:

— ¡Nos estamos deteniendo!

— Sospecho que sólo para cambiar el sentido de nuestra marcha, Reeds — contestó el profesor—. En vez de vertical en descenso, será ahora de nuevo horizontal, como cuando navegábamos paralelos al lecho del océano.

Weltz no se equivocaba. El descenso hacia el fondo de la fosa se interrumpió por completo, y la proa de la nave submarina apuntó a la gran entrada de la gruta, y empezó a avanzar hacia la misma.

— Capte bien este momento, Lee — dijo el científico—. Tiene un interés extraordinario.

— No hace falta que me lo diga, profesor. El interés de que uno entra en un sitio del que no sabe cómo va a salir… ni si va a salir.

Pero nada podía hacerse para modificar las cosas. El batiscafo, impulsado por una fuerza procedente del exterior, de no sabían de dónde, cruzó la oscura boca, ahora iluminada un poco por los faros del aparato.

Terence Lee, haciendo de tripas corazón, con la cámara en las manos, filmó el momento crucial.

Y siguió haciéndolo, mientras la nave proseguía su marcha por el interior de aquel enorme hueco en la pared del acantilado. Los focos no alcanzaban el fondo, pero sí uno de los lados, lleno de rocas salientes, lo cual permitía precisar en la película el avance del batiscafo.

— Aparecen galerías laterales — dijo el joven, poco después—. Esto va a convertirse en un laberinto.

— Quien nos guía lo conoce bien sin duda — replicó Weltz—. Por tanto, no habrá peligro de perdernos, si nos dejan salir.

— ¡Hum! Espero que nos dejen. Aunque sólo fuera para que no se malograse mi película. Admito que ahora la considero mucho más interesante que cuando sólo filmaba *melonocetus,* «Huntingtons», y otros bichos por el estilo.

— Veo que, a pesar de todo, no ha perdido el humor, muchacho.

— Aparento no haberlo perdido. No sé si es lo mismo.

En aquel momento, Tony Reeds, el piloto, apareció en la cámara de observación de la nave. Era un mocetón robusto, con aspecto de boxeador, pelirrojo y con la cara llena de pecas. Su aspecto era el de

una persona profundamente preocupada; incertidumbre por la situación en sí, más que miedo propiamente dicho.

— Bueno — manifestó—, he pensado que arriba no hago nada, y aquí, por lo menos, tendré con quién hablar.

— Has hecho bien, Tony—dijo Terence—. Aunque… la conversación es aquí bastante sombría. Más o menos, tan sombría como el fondo de este pozo en que estamos metidos, cuando queda fuera del alcance de los faros.

— ¿Y… vamos a estar mucho rato navegando por este agujero?

— Estamos tan poco enterados de ello como usted, Reeds — contestó Weltz ahora—. Nuestra información no pasa de la que nos dio la voz misteriosa, a través del intercomunicador. Usted también pudo oírla.

— Entonces…

Tony Reeds no completó la frase. Entendía mucho de mecánica y sabía pilotar a la perfección una nave como aquélla en que se encontraban, cuando era él quien manejaba los mandos. Pero fuera del terreno profesional sus aptitudes eran muy escasas, salvo cuando, ocasionalmente, se veía en el trance de tener que repartir puñetazos. En esto, su habilidad era también formidable.

— Entonces… lo único que podemos hacer es esperar — concretó el profesor Julius Weltz.

Y no tuvieron que esperar mucho, porque el batiscafo se detuvo, casi repentinamente.

La tensión de los tres hombres aumentó. Instintivamente, fijaron su vista en el intercomunicador, porque, por lo menos Julius Weltz y Terence Lee, intuyeron que la continuación empezaría a llegar por aquel lado.

Y no se equivocaron. No hacía aún un minuto que se habían detenido, cuando el aparato emitió un leve zumbido de aviso y, acto seguido, sonó la voz acerada, que reconocieron al momento:

— Atención. ¿Me escuchan?

Weltz se encargó de contestar:

— Sí. ¿Qué quiere de nosotros?

— Advertirles nada más. Van a recibir una visita. Obedezcan en todo a su visitante, y no intenten ningún acto de violencia. Sería contraproducente.

— ¿Nos dejarán en libertad después de esto? — preguntó el

profesor.

— No tengo nada que añadir a lo que acabo de decirles.

La voz seguía siendo fría, impersonal.

Un estremecimiento recorrió los cuerpos de los tres hombres, mientras el batiscafo, lentamente, descendía hacia el fondo de aquella galería de la gruta.

El desconocido visitante iba a llegar, pues, de un momento a otro.

CAPÍTULO III

Terence Lee fue el primero en reaccionar. Ya no cabían sorpresas. Ya no podía producirse ningún «shock» frente a lo inesperado, porque ahora nada iba a ser nuevo ya. La visita del extraterrestre, o quien fuese el que iba a penetrar en el batiscafo, no era más que una faceta de una situación conocida.

Por tanto, el joven recuperó rápidamente su agresividad, y actuó de acuerdo con su temperamento.

Avanzó hacia el intercomunicador y, de un tirón, arrancó el cable que lo alimentaba de energía, para que pudiera funcionar.

Los otros dos le miraron con asombro.

— ¿Qué hace, Lee? — preguntó el profesor—. ¿Se ha vuelto loco?

— La «visita» va a llegar de un momento a otro. Necesitamos forjar un plan de acción a toda prisa, ¿no creen?

— Pero… ¿eso qué tiene que ver…?

Weltz señaló el intercomunicador desconectado.

— Conviene que no nos escuchen. Sin duda, han conseguido una interferencia en nuestro sistema de energía, mediante ondas que son desconocidas para nosotros. Yo no soy técnico, pero considero que han dirigido la nave por radio o algo parecido, desde el exterior. También han interferido nuestra comunicación interna… pero con el aparato desconectado no conseguirán nada.

— ¿Y qué se propone hacer?

— Tomar el mando, profesor. No lo considere una rebelión a su autoridad. Pero la situación en que nos encontramos necesita acción para ser resuelta, y usted es sólo un hombre de cerebro.

— No están ustedes bajo disciplina militar — contestó Weltz, con calma—. Pero sigo pensando que cualquier acto de violencia será una locura. Esos seres han demostrado poseer medios muy poderosos.

— En una guerra, la audacia puede superar, en determinados momentos, a medios defensivos más poderosos — replicó el joven. Miró al piloto y añadió—: ¿Estás dispuesto a secundarme, Tony?

— Si se trata de repartir puñetazos, cuenta conmigo— contestó

el aludido—. ¡Y te aseguro que tengo ganas!

El batiscafo se había parado de nuevo. Julius Weltz se acercó al cristal del ojo de buey, mientras murmuraba:

— Comprendo su ardor juvenil y su afán de lucha, muchachos… pero temo que con ello sólo vamos a conseguir complicaciones.

Terence Lee no le hizo caso y empezó a dar instrucciones a Reeds.

— Ante todo, estaremos atentos al arma que pueda empuñar el que llegue. Y trataremos de apoderarnos de ella.

— ¿De qué modo? — inquirió Reeds.

— Yo le hablaré y tú te situarás a un lado. Permanece atento. Cuando yo le pida permiso para sacar un pañuelo, ataca inesperadamente. El «visitante» tal vez sospechará que, en vez de un pañuelo, trato de sacar un arma, y sólo observará mi movimiento. Esto le distraerá de lo que hagas tú. Obra muy rápido.

— Conforme, Terence — dijo el piloto—. Procuraré aturdirle con el primer golpe. En esto puedes confiar en mí.

— Un plan muy rápido… y muy primario—intervino el profesor desde el ojo de buey.

— Lo cual no significa que tenga que fallar. Sólo le pedimos que no nos denuncie anticipadamente.

— No pienso hacerlo. Sufriré las consecuencias de esa locura, lo mismo que ustedes, cuando nos exijan responsabilidades. ¿Ha oído lo que ha dicho nuestro desconocido comunicante, respecto a si intentábamos alguna jugarreta?

Terence Lee sonrió.

— Si el plan da resultado, tendremos un prisionero, profesor. Un rehén. Entonces, el «comunicante» tendrá que bajar un poco sus exigencias y sus amenazas, y se verá forzado a aceptar la negociación. Además, es inútil que insista; Tony y yo estamos dispuestos a intentarlo.

— Me doy cuenta.

Miró de nuevo al exterior. Los focos del batiscafo se apagaron, de pronto, en aquel momento.

— ¡Eh, miren! —les llamó Weltz—. ¡Nos han dejado sin luces exteriores! ¡Esto es sin duda obra de *ellos*!

Terence y Tony se acercaron a mirar.

— No quieren que veamos a quien se acerca — dijo el periodista

—. Quizá piensan que tenemos algún arma y .quieren evitar que podamos atacarle.

— Yo diría que se ha abierto la compuerta exterior y que está bajando la escalerilla. Alguien va a entrar en el compartimiento estanco — indicó Weltz.

— Podíamos haber arrancado todos los cables, dejando sólo los motores con posibilidades de funcionar— dijo Lee—. De este modo, no hubiesen podido entrar aquí como si estuvieran en su casa.

— Les quedaba la posibilidad de destruirnos, haciendo estallar el batiscafo — objetó el profesor—. ¿Lo considera usted una solución?

— No vale la pena discutirlo, porque ahora ya es tarde — dijo el joven—. Me parece que han retirado la escalerilla y la compuerta se está cerrando. Tenemos ya al «visitante» en el interior de la nave.

Julius Weltz consultó el cuadro de mandos.

— Ahora funciona la bomba de achique — manifestó —. El compartimiento estanco se está vaciando. Dentro de unos momentos lo tendremos aquí. Se está empezando a abrir ya la compuerta interior…

Terence Lee dirigió una mirada al piloto.

— ¿Sigues dispuesto, Tony? — preguntó.

— Completamente, pase lo que pase.

— Me basta. Atento, pues.

Vieron los pies del «visitante», que descendían por la escalera de acceso a la cámara de observación. Hubiera sido fácil en aquel momento saltar sobre sus piernas y hacerle perder el equilibrio. Pero desconocían los medios defensivos de que el «visitante» podía ir provisto. Debían ser muy poderosos, cuando bajaba solo y con toda tranquilidad. Por otra parte, en aquellos momentos estaría sin duda atento a todo.

Esperaron.

Sólo un par de segundos, porque en seguida pudieron ver la figura entera de la extraterrestre.

Una extraterrestre. El «visitante» era una mujer. La misma mujer que habían visto antes, de pié sobre el lecho del océano Pacífico.

Se había quitado el casco transparente, que llevaba en una mano, y la rubia cabellera le colgaba ahora por encima de aquel extraño traje de buzo, parecido, remotamente, a una armadura medieval.

Terence Lee observó al momento que no empuñaba armas de ninguna clase.

* * *

También fue Terence Lee el primero en hablar. No sufrieron ningún «shock» por la visita. No se encontraban en presencia de ningún ser monstruoso, horrible, como las imaginaciones desbordadas suelen pintar a los habitantes de los mundos lejanos. Al contrario, se hallaban ante una mujer muy hermosa que, vista en otra parte, hubiera podido pasar perfectamente por una nativa de la Tierra.

Y Terence la trató como si realmente lo fuera.

— Me agradaría poderle dar la bienvenida a nuestra humilde nave, señorita — dijo—. Si lamento no poderlo hacer, es sólo porque su visita nos ha sido impuesta por la fuerza.

— Las circunstancias tampoco son normales para ustedes, admítanlo — contestó la mujer.

Su voz era fina, suave, pero carente de flexión, como la del personaje, al parecer masculino, que les había hablado a través del intercomunicador.

Pero era menos acerada. El periodista casi lamentó lo que se proponía hacer.

Sin embargo, estaba decidido. De ello podía depender la libertad de todos. Y no vaciló.

— Lo admito — dijo, mientras se pasaba una mano por la frente —. No estábamos preparados. Y, después de todo, no somos más que unos inofensivos científicos. La sensación de estar prisioneros nos ha trastornado. Yo… estoy sudando. ¿Le importa que saque un pañuelo del bolsillo?

— Espero que no sea una jugarreta — contestó la mujer.

El truco parecía que funcionaba. La mirada de la visitante siguió el movimiento de la mano de Terence, para cerciorarse de que era efectivamente un pañuelo lo que el periodista sacaba del bolsillo.

Y Tony Reeds, que estaba ligeramente a un lado, comprendió que había llegado el momento de actuar. También a él le dolía emplear la violencia contra una mujer, aunque no fuese una nativa de la tierra.

Pero tenía que hacerlo.

Solo que, sobre la marcha, introdujo una modificación en el plan primitivo. No se vio capaz de golpearla brutalmente para dejarla aturdida. Otra cosa hubiera sido de haberse tratado de un hombre.

Se lanzó rápidamente hacia ella, y antes de que la mujer pudiera hacer nada para impedirlo, sus brazos se vieron inmovilizados a su espalda, sujetados por las poderosas manos del piloto.

— ¡Una correa para sujetarla, Terence! — gritó Reeds—. ¡Pronto!

— Al momento — contestó Lee, empezando a quitársela de su propio cinto—. Y me alegro de que no te hayas decidido por el golpe. Pero no podía avisarte, estando ella aquí.

El profesor Weltz contemplaba la escena en silencio, desde el lado opuesto.

— ¿Qué se proponen? — preguntó la mujer, con la misma voz de antes, carente de flexibilidad y sin alteración de ninguna clase.

Tampoco se había producido alteración alguna en la expresión de su rostro. Más bien parecía que la situación la estuviera divirtiendo.

— Convertiría en nuestra prisionera, señorita — contestó Terence, procurando dar un tono amable a sus palabras—. Lo lamentamos mucho, pero ya le he dicho antes que su visita, en estas condiciones, no podía ser agradable para nosotros.

— Suélteme, y acabemos con esto — repuso ella, dirigiéndose a Tony, que seguía detrás de su espalda sujetándole los brazos.

— Intenta soltarte tú, muñeca… si puedes — contestó el piloto.

— Bien, ya que se empeñan…

Y entonces ocurrió algo que dejó atónito a Terence Lee, quien ya tenía preparada la correa para sujetar los brazos de la mujer.

Algo que le hizo estremecer, como en los primeros momentos de sorpresa al descubrir las pisadas en el lecho del océano.

No supo cómo fue. La presión de las fuertes manos de Tony Reeds sobre los brazos de la extraterrestre se aflojó de pronto. La soltó por completo, el piloto se tambaleó, como si hubiese recibido un balazo, y cayó inerte al suelo de la cámara de observación del batiscafo.

Terence Lee lo miró, aterrado. Luego levantó la vista hacia la mujer, que seguía impasible, sin manifestar ninguna emoción. Ni

siquiera la satisfacción de la fácil victoria.

— ¿Qué… qué le ha hecho? — preguntó.

— Le he disparado un pequeño dardo mental. Un pequeño juego de tipo telepático, que él no ha podido evitar, porque no estaba preparado.

Ahora comprendía Lee por qué la mujer se había presentado sin armas. No las necesitaba.

— ¿Lo… ha matado? — inquirió.

— Sólo le he dejado aturdido. Ha sido… digamos una advertencia. Espero que baste. Dentro de unos momentos, su compañero volverá en sí.

Terence respiró con alivio. Miró hacia el profesor, que no había intervenido para nada en la situación, y vio que también éste se mostraba aliviado.

Pero, al mismo tiempo, comprendió que habían perdido. Tal vez, después de todo, hubiera sido mejor golpear a la visitante, mujer o no, aturdiría y evitar así que hubiese podido lanzar aquel rudo y tremendo golpe que ella definía como «dardo mental».

Pero ahora ya era tarde para modificar la situación. Por lo menos, de momento. Aunque Terence Lee no descartó la idea de que si se presentaba una nueva oportunidad de sorprender a la extraterrestre, él procuraría aprovecharla.

— Bien, supongo que no tenemos más remedio que rendimos — dijo. Miró hacia Weltz, que continuaba con su actitud pasiva—. ¿Está de acuerdo conmigo, profesor?

— Ha fracasado nuestro plan. No podemos hacer otra cosa — contestó el aludido.

Cumplía su palabra de solidarizarse con sus dos compañeros de nave. No daba a entender que se había opuesto a la que había demostrado ser inútil acción de los otros dos, y no hacía reproches. Terence se alegró de ello.

Tony Reeds, en el suelo, estaba empezando a moverse. Esto acabó de tranquilizar al periodista.

Miró a la extraterrestre y le habló con el tono galante del principio:

— Estamos en sus manos, señorita. ¿Qué quiere de nosotros?

— Que me obedezcan. Y piensen que mi reacción ante un nuevo intento de ataque podría ser más dura que la actual — contestó ella.

Terence se preguntó si estaría también capacitada para adivinar el pensamiento. Luego, en voz alta, dijo:

— ¿Qué hay que hacer?

— Poner en funcionamiento esta nave. Sin pérdida de tiempo, porque quiero salir cuanto antes de este recinto.

— ¿Qué…?

Las sorpresas caían sobre Terence Lee como una lucha. Lo esperaba todo menos que le dieran la orden de salir de allí.

— ¿No me ha entendido? — preguntó la mujer.

— Sí, pero… si lo que quiere es salir de aquí, ¿por qué nos han forzado a penetrar? Esto es lo que no comprendo.

— No importa que comprenda. Basta que obedezca. ¿Quién de ustedes es el piloto de la nave?

Tony Reeds acababa de sentarse en el suelo y tenía una mano sobre la cabeza. Captó la pregunta de la mujer, y dijo:

— Yo… Pero mi cabeza… ¿Con qué me ha golpeado?

— Se lo explicaré más tarde. Ahora, levántese y pasemos a la sala de máquinas. Insisto en que tengo prisa.

— ¿Por qué no utiliza para hacernos salir el mismo procedimiento que emplearon para traemos? — preguntó Terence.

Reed se estaba acabando de levantar. En vez de contestar al periodista, la mujer se dirigió al piloto.

— Aprisa — le conminó. Se volvió hacia Terence y el profesor—. Ustedes también. Prefiero tenerles cerca. Y a la vista.

Terence comprendió sus motivos. No quería permitirles que planeasen un nuevo ataque.

La cámara de máquinas del batiscafo, situada en la parte alta de la nave, no era muy grande, pero había sitio para los cuatro. Tony Reeds se sentó ante los mandos, y los otros tres se situaron detrás, de pie, pero la extraterrestre cuidó de tener bien a la vista al profesor y, sobre todo, a Terence.

— En marcha — ordenó la mujer.

El piloto pulsó los mandos y los motores empezaron a funcionar.

— La interferencia no los ha estropeado — comentó—. Pero le aseguro que no tengo la menor idea de cómo voy a salir de aquí. Y con los faros apagados…

— Yo le guiaré — dijo la extraterrestre—. Vaya siguiendo mis instrucciones. En cuanto a los faros, podría encenderlos, porque la

interferencia ha cesado. Pero no me conviene. Eso ayudaría a localizar la situación de esta nave, y es precisamente lo que quiero evitar.

— ¿Adónde vamos? — preguntó Terence.

— Lo sabrán cuando hayamos llegado.

— No puedo decir que se trate de una explicación detallada, ¿verdad?

— No les voy a dar otra. Es mejor que se abstengan de formular preguntas.

Un leve examen de los aparatos indicadores del cuadro de mandos bastó para que la mujer pudiera dar instrucciones a Reeds sobre la conducción del batiscafo, sin luces exteriores, a través del pequeño laberinto de túneles de la cueva en que se hallaban metidos.

Acabaron por salir al exterior, junto al acantilado de la gran fosa de Tonga, en cuya pared se abría la entrada de la gruta.

— ¿Y ahora… he de ascender? — preguntó Reeds.

— No. Al contrario, descenderemos más. Navegaremos rozando el fondo de esta depresión.

— Sin luz, nos exponemos a sufrir un choque — observó el piloto.

— No lo tendremos, mientras yo siga dando instrucciones.

El batiscafo avanzó y descendió al mismo tiempo. Cuando se encontraba a una profundidad superior a los diez mil metros, la joven ordenó:

— Basta. No descienda más. Ahora siga adelante, en horizontal. Y ponga los motores al máximo.

Se volvió hacia Terence y el profesor, y añadió:

— He de confesarles que me sorprende una cosa. No sé cómo esta nave es capaz de resistir la presión de esta profundidad en que nos encontramos.

Terence soltó un respingo.

— ¡Uf! Permítame celebrar que se sorprenda de algo.

— Señorita — habló entonces el profesor Weltz, en tono tranquilo—, esta nave, a la que nosotros llamamos batiscafo, es la primera que ha podido descender a más de ocho mil metros. Yo tuve el honor de diseñarla, y la Sociedad Científica Norteamericana ha patrocinado su construcción, así como los gastos de este viaje,

realizado exclusivamente con fines científicos. Servimos a la humanidad, a la que… temo… usted no pertenece… aunque habla nuestra lengua…

Weltz había hecho largas pausas al final y después esperó, para dar oportunidad a la joven para que hablara. Ésta seguía atenta a los instrumentos del cuadro de mandos.

— Marcha bien. Siga — dijo a Reeds.

El profesor continuó, entonces:

— Como habrá visto ya, nos movemos mediante la energía atómica. Para *nosotros* es lo máximo en posibilidades, hasta ahora. Nos permite, además, poder permanecer sumergidos semanas enteras, sin tener que renovar el combustible. Supongo, claro, que *ustedes* dispondrán de medios infinitamente más poderosos…

— Es posible — contestó ella.

Terence intervino ahora:

— Yo diría que seguro. La hemos visto de pie en el exterior de la nave y a una profundidad de cerca de ocho mil metros. Nadie, en nuestra humanidad, podría resistir semejante presión con un simple equipo de buzo.

— Sin embargo… *yo pertenezco a su humanidad* — contestó entonces la joven.

Terence estuvo a punto de dar un salto, y Reeds lo dio efectivamente, en su asiento frente al cuadro de mandos. Sólo el profesor Weltz pareció que mantenía la serenidad.

— ¿Usted… pertenece a nuestro mundo? — dijo el periodista, cuando se halló en condiciones de hablar.

Naturalmente, no podía ser. Aquella mujer se estaba burlando de ellos. Porque, desde luego, era mujer. Esto había que admitirlo. Y hermosa, muy hermosa. Terence había pedido mentalmente perdón a Claire Huntington, la hija del redactor jefe del «Philadelphia Sun», porque, al hacer la comparación entre ambas, había encontrado más hermosa a la que ahora se definía como perteneciente a la humanidad.

Pero no era posible que perteneciera. Bastaba recordar— y era imposible olvidarlo — su permanencia en el fondo del Pacífico. Bastaba recordar el «dardo mental» con que había aturdido a Tony Reeds. No había en la Tierra nadie capaz de todo aquello.

Y fue entonces cuando, con las palabras de la mujer, llegó la

nueva sorpresa. Una más de la sarta que caía continuamente sobre Terence Lee y sus compañeros de expedición.

— He dicho que pertenezco a su humanidad, *no que haya nacido en este mundo.*

— ¿Acaso en la Luna? Hace más de veinte años que tenemos bases en el satélite. Pero ignoraba que se hubiera producido ningún nacimiento. Sólo hay varones en las bases, que yo sepa, porque la estancia allí es de tres meses como máximo. Diga, si quiere contestar: ¿es usted selenita?

— No — fue la escueta respuesta de la mujer.

— Entonces…

— Se lo diré, aunque esto les va a aclarar muy poco. No puedo negarles que no soy terrícola, porque lo adivinaron desde el primer momento. Mi planeta está muy distante. Fuera de su galaxia, de esta Vía Láctea en que nos encontramos. Mi planeta se halla a más de un millón y medio de lo que ustedes llaman «años luz».

Terence sintió que le recorría un estremecimiento por la columna vertebral, y supuso que a sus dos compañeros les ocurría lo mismo.

— ¿Y se considera usted perteneciente a *nuestra* humanidad?

— Exactamente — contestó la joven.

— A un millón y medio de años luz de aquí está la constelación que nosotros llamamos Andrómeda — dijo entonces el profesor Weltz—. Hemos de suponer, entonces, que usted procede de allí.

— Suponen bien. Nací en uno de sus planetas. Añadiré que es bastante parecido a la Tierra de ustedes.

— ¿Nos quiere decir el nombre de ese planeta?

— Los medios de observación de que disponen ustedes no les han permitido localizarlo — contestó la joven—. Por lo tanto, no lo llaman de ningún modo. Sólo les puedo decir el nombre que le damos nosotros. Lo llamamos… ATLÁNTIDA.

CAPÍTULO IV

— ¡No! — fue lo único que pudo exclamar Terence.

El profesor pareció haberse tragado su emoción, y no dijo nada. En cuanto a Tony Reeds, completamente al margen de cuestiones científicas, le tenía sin cuidado un nombre como otro. Sólo sabía que estaba, de hecho, en poder de alguien que no era un habitante de la Tierra, y toda su preocupación se centraba en cómo escapar de aquello con el menor daño posible. Había aceptado pilotar el batiscafo por espíritu de aventura, pero no hasta el extremo de encontrarse con extraterrestres en el fondo del océano.

— No… — repitió Terence.

Por vez primera desde que estaba con ellos, la mujer abandonó su expresión hierática, y en sus labios se dibujó una suave sonrisa.

— Bien, no exactamente — dijo—. Nosotros hablamos un idioma por completo distinto. «Atlántida» es la traducción de la palabra a la lengua de ustedes.

— No me refiero a eso — repuso el periodista—. Lo que me pregunto es cómo puede ser esta enorme coincidencia…

Se volvió hacia Weltz.

— Profesor — añadió—, el motivo de la expedición era buscar datos sobre la hipotética Atlántida, y ahora, la señorita… porque si pertenece, como afirma, a nuestra humanidad, puedo llamarla señorita con más motivo…

— También puede llamarme Mowena — dijo ella —. Es mi nombre. Y tampoco importa que lo sepan.

— La señorita Mowena — dijo Weltz— se permite gastarnos una broma. No olvide, Lee, que *ellos* tenían interferida nuestra comunicación interior. Nos oyeron hablar, se enteraron de nuestra intención de buscar vestigios de la remota Atlántida, y ahora Mowena, para divertirse un poco, pretende emocionarnos haciéndose pasar por una atlante sideral.

La explicación era lógica. Terence se reprochó a sí mismo el haberse emocionado con tanta facilidad. Aquella mujer, procediese de dónde fuera, les estaba tomando sencillamente el pelo. Por lo menos a él, ya que Weltz no se había dejado engañar.

Sólo que Mowena replicó:

— Yo estaba en el mar, cuando vi por vez primera la luz de su nave. No escuché su conversación, porque aquí — señaló el casco transparente, que había dejado encima de una mesita — no hay elementos para crear una interferencia.

— Eso no importa — dijo Weltz—. Sus compañeros se lo comunicaron después, sin duda alguna.

— ¿Qué les hace suponer semejante cosa? *Yo no tengo compañero alguno en este planeta.*

La afirmación parecía contundente, pero ninguno de los tres hombres la creyó. Terence se permitió incluso una ironía.

— ¿Existe la costumbre de mentir en su… Atlántida, Mowena?

— Al contrario. La mentira comprobada se castiga rigurosamente.

— Entonces, usted iría a la cárcel, si allí hay cárceles. ¿O nos dirá que la voz que sonó por nuestro intercomunicador, anunciándonos su visita, fue sólo una ilusión?

— He de sospechar que sí, porque nadie podía anunciarles *mi* visita. Nadie sabía que *yo* me proponía entrar en la nave de ustedes.

Esta vez, Terence se indignó.

— ¡En su planeta deberían castigar también a los que abusan de un poder que les permite disparar «dardos mentales» cuando las cosas se les ponen mal!—exclamó—. ¡Pero se merecería usted que le diésemos una buena tanda de azotes por la sarta de falsedades que nos está soltando!

Mowena le miró desafiante.

— En Atlántida practicamos también ejercicios de lucha. Uno de ellos, muy parecido al que ustedes llaman «judo»… aunque algo más complicado. ¿Quiere probar su habilidad? Le doy mi palabra de que no haré uso de los «dardos mentales» si soy vencida.

Terence vislumbró una oportunidad. Se trataba, de una mujer, y esto complicaba un poco las cosas. Su ridículo sería mayor si era vencido. Y su victoria quedaría minimizada si salía vencedor. En cualquier caso, quedaría poco airoso y ni siquiera estaba seguro de conseguir la libertad derrotando a Mowena.

Ella seguía mirándole, con gesto desafiante, segura de sí misma.

— ¿Qué decide? — preguntó.

Pero el periodista no tuvo tiempo de contestar. La voz de Tony

Reeds se impuso, y cambió el curso de los pensamientos de todos:

— ¡Atención! ¡Nos siguen!

Mowena se precipitó hacia la pequeña pantalla de radar, que reflejaba las ondas del «sonar» instalado en el casco del batiscafo.

— ¿Qué es? — preguntó.

— Una nave. No puedo fijar sus características, pero nos persigue a toda velocidad. ¡Y nos gana distancia por momentos!

Terence y el profesor miraban también, con expresión tensa.

— Ninguna nave terrestre puede navegar a estas profundidades, salvo la nuestra — manifestó Weltz.

— Por lo tanto, ha de ser… — dijo Terence. Y dejó la frase en suspenso.

La terminó Mowena:

— Hiklos. Tiene usted razón. Sólo puede ser Hílelos.

— ¿Quién es Hiklos? Yo no he pronunciado ningún nombre — protestó el periodista—. ¿Y… no dijo usted que no tenía ningún compañero en este planeta?

— Y lo repito. Hiklos no es compañero mío.

— ¡Y yo digo que él nos anunció, mediante la interferencia en nuestra comunicación interior, la visita de usted a este batiscafo! — gritó Terence, furioso.

— ¿Mencionó mi nombre? ¿Les dijo que se trataba de una mujer?

— No. Pero ¿eso qué importa?

— Mucho. *Porque la visita que les anunciaba Hiklos era la suya propia.* Era él quien se proponía entrar en esta nave y capturarles a ustedes. Sólo que yo me adelanté.

—¿Eh…?

Mowena había recuperado su expresión hierática de antes. Dijo, casi con perfecta naturalidad:

— Él lo preparó todo. Pero no pudo sospechar mi presencia entre las rocas de la gruta. Eso me permitió sorprenderle… y le disparé un darlo mortal. Pero pudo frenar a tiempo sus efectos y sólo quedó aturdido, en las aguas de la gruta, no muy lejos del batiscafo. Fue un «dardo» más fuerte, sin embargo, que el que disparé contra su piloto, y esto le ha tenido más tiempo inconsciente.

— ¿Y ahora…?

— Ahora tenemos que apresurarnos. *Hiklos es mi enemigo mortal, y si nos da alcance, ustedes pagarán también las consecuencias de tenerme en su nave.*

La perspectiva no tenía nada de alentadora para los tres terrícolas.

* * *

— ¡Pero nosotros no la tenemos aquí por nuestra voluntad! —protestó Terence—. ¡Jamás hemos deseado vernos metidos en esta aventura!

— Para Hiklos no habrá diferencia — aseveró Mowena.

— ¿Qué hacemos? — preguntó Reeds, desde su asiento ante los mandos —. Es inútil correr. Nos dará alcance de todos modos.

Era evidente que la nave terrestre, por muy moderna y única que fuese, no podía competir con la procedente del distante planeta.

La cámara de máquinas no disponía de un gran ojo de buey para la observación, pero sí de una pequeña mirilla que permitía al piloto comprobar de forma directa la ruta seguida por la nave.

Mowena miró por allí.

El batiscafo navegaba muy cerca del fondo de la gran fosa, y también de la rocosa pared que, en forma de acantilado casi vertical de cerca de dos mil metros de altura, llegaba al lecho normal del océano Pacífico.

Se seguían advirtiendo grietas entre las rocas, de largos y anchos muy variados.

— Mi idea era llegar hasta mi nave, a bordo de la de ustedes —murmuró Mowena—. Pero ahora no vamos a tener tiempo.

— Entonces…—dijo Terence, un poco desanimado.

— Sólo hay una posibilidad. Metemos en una de esas grietas. La primera por cuya embocadura pueda pasar el batiscafo.

— ¡Pero esto será metemos en un callejón sin salida! ¡En la misma boca del lobo!

La extraterrestre no le hizo caso. Señaló fuera, a través de la pequeña mirilla, y dijo a Reeds:

— A la derecha. Atención al «sonar», para no chocar contra las rocas. La entrada es algo pequeña, pero podremos pasar.

— ¡No, Tony! —gritó Lee—. ¡Te prohíbo que te metas en esa

ratonera! ¡Prefiero pelear…!

— ¿De qué modo? ¿Con qué medios? ¡Está usted loco, señor…!

— ¡Lee! ¡Terence Lee! ¡Pero importa muy poco mi nombre en este momento! ¡Le digo que no pienso morir atrapado en ese agujero y…!

Mowena le interrumpió, pero hablando siempre sin que su voz sufriera alteración. Como si en Atlanta, o como se llamase el planeta, no supieran lo que es enfurecerse. Sin embargo, sus palabras fueron auténticamente amenazadoras.

— Señor Lee, no siga. Pierde el tiempo. Le recuerdo que soy yo quien manda ahora aquí. Si el piloto no me obedece, les aturdiré a los tres con uno de mis «dardos» y me encargaré yo misma de conducir la nave.

Tony Reeds estaba girando ya hacia la estrecha abertura del acantilado.

— Cuando yo no he podido con ella, Terence… — gruñó—. Es inútil, muchacho. Nos hemos de resignar.

Tampoco el rostro de Mowena manifestó la expresión de victoria. Como dando el asunto por solucionado, se limitó a advertir:

— Puede encender los faros. Esto ayudará. Y puesto que hemos sido localizados, no vale la pena llevarlos apagados.

— ¿No servirá para que el hombre que nos persigue, Hiklos, pueda precisar mejor su puntería, si nos dispara un proyectil cuya potencia no puedo siquiera imaginar? — preguntó Terence.

— No disparará. Si lo hiciera, el proyectil, dirigido por ondas especiales, alcanzaría irremisiblemente su objetivo, aun a oscuras.

— Entonces, ¿cómo se defienden ustedes, cuando luchan entre sí?

— Con ondas de rechace… si conseguimos emitirlas a tiempo. Aunque en Atlántida hay pocas guerras.

Sólo cuando grupos rebeldes intentan hacerse dueños del poder.

— ¿Es un rebelde Hiklos… o lo es usted?

— Eso no importa ahora. ¡Aprisa, piloto! ¡Dentro de unos segundos será tarde ya!

Pero el batiscafo estaba ya penetrando en la larga y estrecha abertura del acantilado, dejando escasamente un metro a estribor y babor, entre los costados y las rocas.

Pero pasó.

— ¿Apago los faros ahora? — preguntó Tony.

— No vale la pena. No podrá entrar detrás nuestro. Su nave es demasiado ancha y no pasará por la abertura. Por eso la he elegido.

— Pero podrán entrar sus proyectiles, ¿no? — dijo Terence—. ¡Y nosotros no disponemos de esas ondas de rechace de que ha hablado usted!

— Les he dicho que no disparará. Hiklos me quiere capturar viva. Lo que hará es cerrar la boca de la grieta, para impedimos salir.

— ¡Una perspectiva formidable! Llevamos víveres para tres semanas, que a media ración se pueden alargar hasta seis. ¿Qué haremos después? ¿Existe la costumbre de comer en su lejana Atlántida?

— Para los viajes de larga duración, como el mío, usamos comprimidos. Podemos llevarlos en gran cantidad y nos basta uno al día. Nos protegen, además, contra la deshidratación, de modo que no precisamos de bebida alguna.

— Nosotros, desgraciadamente, hemos de conformamos con conservas — dijo Terence—. Y cuando se acaban, hay que apretarse el cinturón. Temo que se tendrá que adaptar al sistema.

El batiscafo se había detenido a unos quinientos metros de la boca de la grieta, cuando la estrechez de las paredes laterales impidieron que pudiera adentrarse más. Tony Reeds lo anunció lacónicamente:

— Final de viaje.

— Y ahora, ¿qué?—preguntó Terence.

El profesor Weltz fue el único que no dijo nada. Aceptaba la situación con una pasividad absoluta; irritante, a juicio del impetuoso Terence.

— Ahora, empecemos a prepararnos para salir

— dijo Mowena.

— ¿Salir? ¿Pretende usted que regresemos a San Francisco a nado?

— Bastará que puedan llegar hasta mi «ovni». ¿No es así como llaman ustedes a nuestras naves espaciales?

— Por lo de «objetos volantes no identificados» — dijo ahora Julius Weltz—. Aunque… estoy viendo que en esta ocasión los

vamos a identificar demasiado.

Era la primera ironía que se permitía el profesor, desde que se habían iniciado aquellos extraños acontecimientos bajo el mar.

— ¿Dónde tiene usted esa nave? — preguntó Terence, prefiriendo abordar las cosas por el lado práctico.

— Cerca de aquí. Intentaba llegar en el batiscafo, pero Hiklos se ha dado más prisa. Procuraremos llegar de todos modos. Pero ahora… les recomiendo que se agarren bien. ¡Hiklos nos va a cerrar la salida, y esto se moverá un poco!

— Yo he leído que ustedes, los extraterrestres, usan sólo proyectiles desintegradores — dijo Tony Reeds—. En tal caso, será inútil todo. Haremos más que tambaleamos.

— Ya les he dicho que quiere apresarme viva. Sólo derrumbará la boca de la grieta, para cerrarnos la salida. Y no usará ningún proyectil desintegrador.

Vieron el gran relámpago de la explosión a través del ventanillo de la cámara de máquinas. Fue una explosión silenciosa, bajo el mar, pero tremenda.

Las rocas del techo de la gruta, en la parte más cercana a la entrada de la misma, cayeron en masa, mientras el batiscafo se agitaba violentamente, sacudido por la fortísima onda expansiva, a través del agua.

Los cuatro personajes del interior cayeron al suelo, pese a haber intentado asegurar su estabilidad, como les había aconsejado Mowena. Notaron los fuertes choques de la nave contra la pared rocosa en la que estaba medio empotrada. Dos de los focos exteriores se apagaron, destrozados por los golpes.

La situación duró sólo unos segundos. Después los bruscos movimientos cesaron, no se produjeron más golpes, y el batiscafo recuperó la estabilidad.

Terence pensó que aquella situación ofrecía una excelente oportunidad para sorprender a Mowena, dominarla y hacerla prisionera. Lo pensó, sobre todo, al ver que la joven extraterrestre estaba tendida a su lado, inmóvil, después de haber chocado su cabeza, al parecer con uno de los cantos de la mesa de los mandos.

— ¡Ayúdame, Tony! — gritó, al ver que Reeds se estaba empezando a mover, en el suelo también.

— ¿Qué te propones hacer?

Terence señaló el pequeño armario del instrumental, empotrado en uno de los mamparos de la cámara.

— Vacíalo a toda prisa y la encerraremos dentro — dijo.

— ¿No creen que con esto se van a complicar más las cosas? — preguntó el profesor Weltz, quien tampoco había sufrido daño alguno con la caída y se estaba levantando en aquel momento.

— Recuerde que, para efectos de acción, yo tomé el mando del grupo, profesor — le replicó Terence—. Y ahora se trata de actuar, no de descubrir momias del pasado.

Reeds estaba ya acabando de vaciar el pequeño armario, dentro del cual había espacio para un cuerpo humano en cuclillas.

— ¿Le quitamos esa mochila con los cilindros? — preguntó.

— Será mejor que la encerremos con cilindros y todo. Puede volver en sí de un momento a otro.

— Si nos dispara sus dardos mentales desde dentro del armario, cuando despierte… — dijo Weltz.

— No sé si podrá hacerlo existiendo el obstáculo de la puerta. De todos modos, *sé* que no lo hará.

—¿Por qué?

— El cierre es automático desde el exterior, ¿no? — dijo Terence —. Si nos aturde, quedará encerrada indefinidamente, porque nadie podrá abrirle.

— Y si no la dejamos salir, nos quedaremos aquí indefinidamente… o seremos capturados por ese misterioso personaje llamado Hildos. No sé qué es peor.

— Con Hiklos… negociaremos — manifestó Terence.

— ¿Qué…?

— Tenemos prisionera a Mowena. Él la busca. Procuraremos establecer contacto y le ofreceremos a Mowena, viva, a cambio de que nos abra de nuevo camino y nos deje salir de aquí en nuestro batiscafo.

— Por la forma cómo nos habló Hiklos la otra vez, no le veo muy predispuesto para el diálogo — objetó Weltz.

Terence no tuvo tiempo de replicar. Tony Reeds estaba señalando en aquel momento la mirilla de observación de la cámara de motores, y exclamó:

— ¡Eh! ¡Miren eso!

— ¿Qué?

— ¡La pared de la gruta! ¡Está ascendiendo!

¡Mejor dicho, somos nosotros, el batiscafo, lo que desciende hacia el fondo!

Terence y el profesor comprobaron lo que les acababa de decir el piloto. Lo podían ver no sólo por la mirilla, sino también mediante los indicadores del cuadro de mandos.

— Esto significa… — murmuró Terence.

— ¡…que los choques causados por la onda expansiva de antes nos han abierto una vía, y el batiscafo se está llenando de agua! — concluyó Julius Weltz.

Era una complicación con la que ninguno de ellos había contado.

* * *

— ¡Hay que hacer algo! —exclamó Terence—. ¡No nos quedemos aquí parados!

La nave estaba ladeándose de proa a popa. El suelo de la cámara de motores se inclinaba en acusada pendiente ya.

— Lo único que se podría hacer es taponar la vía de agua — dijo el profesor, esforzándose por parecer tranquilo—. Yo aseguraría que está en la cámara de equilibrio. Pero para cerrarla va ser preciso salir al exterior y examinar el casco. Según el tamaño del boquete, el taponamiento no resultará fácil.

— Yo saldré — se ofreció Reeds—. Voy a equiparme…

Se movió para abandonar la estancia, pero la inclinación del batiscafo aumentó en aquel momento. Reeds perdió el equilibrio, fue a chocar violentamente contra el armario en el que habían encerrado a Mowena, y resbaló por fin hasta el suelo.

Al intentar levantarse el piloto, la puerta del armario se abrió de pronto, empujada con fuerza desde el interior. Mowena seguía acurrucada, tal como la habían instalado, pero ahora estaba despierta y les miraba a los tres.

— ¿Pueden explicarme qué clase de juego es éste?

— preguntó.

— ¡Has soltado el cierre al tropezar, Tony! —gritó Terence—. ¡Cierra! ¡Cierra de nuevo a toda prisa!

Se precipitó a hacerlo él. Pero el equilibrio, o mejor dicho, la

falta de equilibrio, no daba facilidades. Tropezó con el cuerpo de Reeds y rodaron los dos por el suelo, hechos un lío.

Cuando empezaron a levantarse, Mowena estaba ya fuera del armario. Miró severamente a Terence.

— Supongo que todo esto ha sido obra suya — dijo.

— Si se refiere a la falta de equilibrio del batiscafo, pídale responsabilidades a su amigo Hiklos. En cuanto a su encierro, sí. Me declaro autor de la idea. Es usted muy hermosa, Mowena, pero su mando en la nave no nos ha traído más que desastres. Por esto decidimos renunciar a su capitanía.

— ¿Y qué pensaban hacer?

— Es inútil discutirlo ahora. Hemos perdido otra vez. Usted ha recuperado el mando… y yo no tengo deseos de experimentar los efectos de sus dardos mentales.

El batiscafo había terminado su descenso, y quedó apoyado en el suelo de la estrecha gruta, en posición ligeramente inclinada.

— Supongo que, a pesar de todo, desearán salir de aquí — dijo Mowena—. ¿O prefieren quedarse enterrados indefinidamente dentro de la nave?

— Yo, en absoluto — gruñó Tony Reetis—. Si he de morir, prefiero que sea en plena acción.

Terence le miró sonriendo.

— Sin embargo, piensa lo divertido que sería que encontrasen aquí nuestros esqueletos, Tony — le dijo.

— ¿Eh…? — hizo el piloto, con cara de disgusto.

— Imagina que otros locos, como nosotros, descendieran a explorar estas profundidades dentro de unos años, persuadidos de que iban a encontrar restos de los maravillosos atlantes. Pensarían que el batiscafo fue construido en aquella remotísima época de la caída de la luna, y nos sacarían y expondrían nuestros huesos en algún museo antropológico, donde nos contemplaría la gente, convencida de que vivimos hace millones de años.

— ¡Lee!—le reprendió Weltz—. La situación no es para divertirse con bromas. Y no me gusta que se burle así de la Ciencia…

— Así se escribe, a veces, la historia, profesor. Y cosas peores se han visto.

— Si prefieren escribir el presente en vez de la historia, preparen

sus equipos de submarinista y dispónganse a venir conmigo —intervino Mowena—. Recuerden que Hiklos está al otro lado de la entrada que ha cerrado, y no esperen que permanezca inactivo.

— Si ha bloqueado la entrada porque su nave no pasa…— empezó Terence.

— Pero puede pasar él. Ha querido asegurarse de que ustedes no escaparían… y de que tampoco escaparía yo, claro está. *Sabe* que estoy con ustedes. Sabe que sólo yo pude aturdirle con un dardo mental, cuando él se disponía a entrar en su nave, en la otra cueva.

— Me pregunto por qué esta vez nos ha perseguido en vez de interferir la fuerza de nuestros motores, como hizo arriba, en el lecho del Pacífico.

— El batiscafo navega muy cerca del acantilado rocoso de la fosa — explicó Mowena —. Las ondas emitidas por Hiklos chocaban contra la pared y eran rechazadas. Nuestras naves están proyectadas para los grandes espacios abiertos del universo. Por ello, sus posibilidades, en sitios más estrechos como esta hondonada, quedan reducidas.

— No deja de ser una explicación — dijo el profesor Weltz—. ¿Y qué supone que estará haciendo ahora Hiklos, Mowena?

— Inmovilizar su nave, de modo que nadie, ni yo siquiera, pueda penetrar en ella y hacerla funcionar. Esto requiere un breve tiempo, porque hay que asegurar diversos controles. Después saldrá, se abrirá paso a través de las rocas de la entrada de nuestra cueva, y vendrá al batiscafo. No esperen poder hacer nada contra él una vez le tengan aquí.

— Para estar seguro de esto, no se necesita ser demasiado listo — rezongó Terence—. Pero ¿por qué quiere capturamos? ¿Qué tiene contra nosotros?

— Personalmente, nada. Pero sabe que yo he estado a bordo del batiscafo, que he hablado con ustedes, y querrá saber qué les he dicho.

— Le garantizaremos que se ha envuelto en un velo de intrigante misterio, del que en realidad no ha salido aún.

— No le bastará. En realidad no les preguntará nada.

— Entonces…

— No — prosiguió la extraterrestre—. Lo que hará será encerrarles en su nave, en espera de poder capturarme a mí

después, y llevarles luego conmigo, de regreso a nuestra Atlántida, donde serán sometidos a un lavado de cerebro. Así no habrá la menor duda de que ustedes dicen la verdad.

— ¡Rayos! Un viajecito un poco largo, ¿no? ¡El ideal de George Huntington, para alejarme definitivamente de su hija! Pero yo no estoy dispuesto a realizarlo.

— En tal caso, vayan a equiparse de una vez.

— Nuestros equipos de buzo no son como el suyo — objetó todavía Terence—. No resisten la presión de estas profundidades.

— No saldremos a lo que podemos llamar «mar libre» —replicó la joven—. Este acantilado es producto de un derrumbamiento del pasado. Las rocas encajaron mal y, como han visto, la parte cercana a la pared exterior es sumamente porosa. No siempre puede pasar una nave entre los huecos, pero sí cuerpos nada más. Y antes de llegar a la salida encontraremos galerías laterales, estrechas, que nos permitirán pasar a cuevas vecinas de mayor extensión. En una de ellas está la nave que tengo escondida.

En aquel momento, el intercomunicador de la cámara de máquinas, donde se encontraban aún, hizo una leve señal de llamada.

Los tres hombres se estremecieron ligeramente, y sus miradas se dirigieron al aparato, como si en vez de ser auditivo hubiese sido de televisión.

Sólo Mowena conservó su impasibilidad.

— Es Hiklos. No puede ser nadie más — se limitó a decir.

— Arranqué el cable del intercomunicador de la cámara de observación… pero me olvidé de hacer lo mismo con éste — murmuró Terence.

— Creo que… es mejor así — manifestó Julius Weltz—. Es mejor que sepamos qué quiere decirnos. En nuestra situación, esconder la cabeza como el avestruz, para no enterarnos de nada, no podría reportamos ningún beneficio.

Apenas había terminado de hablar el profesor, cuando el aparato empezó a emitir la voz fría, acerada, amenazadora e impersonal a la vez, que ya habían oído con anterioridad. No les fue difícil identificarla.

Tampoco la entendieron. No habló en inglés en esta ocasión. Fueron unos sonidos indescifrables para los tres hombres de la

Tierra, pero no para Mowena, nombre que, al ser pronunciado por Hiklos en la frase emitida, fue entendido por ellos con claridad.

Mowena, sin duda alguna, entendió todo. Y tanto Terence como sus dos compañeros pudieron apreciar que la joven extraterrestre, casi por vez primera desde que estaba en su compañía, perdía su expresión hierática y sus mejillas palidecían con intensidad.

La mujer soltó una especie de grito hacia el intercomunicador, contestando a lo que le había dicho el otro. Hiklos habló de nuevo, en el mismo tono y con brevedad, y la comunicación quedó cortada.

Durante unos momentos, el silencio en el interior del batiscafo fue total. Los tres hombres quedaron mirando fijamente a su compañera forzosa.

Por fin, Terence preguntó, ahora con expresión muy seria:

— ¿Algo grave, Mowena? ¿Lo podemos saber?

— Sí — dijo ella—. Más grave de lo que yo sospechaba. Y… tendrán que saberlo de todos modos. ¡*Hiklos ha descubierto la nave espacial que yo tenía escondida, y la ha desintegrado con un proyectil atómico*! ¡*Ahora estamos realmente todos a su merced*!

CAPÍTULO V

Se hizo de nuevo el silencio, que esta vez rompió Tony Reeds, dirigiéndose a Mowena, con mal humor:

— Usted nos ha llevado a esta situación. ¡Encuentre la manera de sacarnos de ella!

— La nave era mi esperanza para escapar a la persecución de Hiklos — manifestó la joven, manteniendo su abatimiento—. Ahora… carezco de medios.

Terence Lee había estado reflexionando con rapidez.

— ¿Cree que si nos metemos en las estrechas grietas laterales, como nos había sugerido antes, Hiklos nos localizará con facilidad? — preguntó.

— No, evidentemente. Sus medios de detección no alcanzan a tanto. Tendrá que buscarnos.

— Y las grietas son numerosísimas. A menos que Hiklos acierte a la primera, habremos profundizado en la que elijamos y quizá salgamos a otra cueva mayor. ¿No era éste el plan?

— Lo era… cuando yo contaba con llegar a la nave y escapar de aquí. Ahora, todo lo que podemos hacer es vagar indefinidamente por estas profundidades.

— Como los *melanocetus* y demás fauna repelente— gruñó Terence. Señaló a continuación los cilindros que la joven extraterrestre llevaba aún en la espalda, y añadió—: Pero usted está en mejores condiciones que nosotros. Puede salir al mar libre. Su equipo de submarinista la protege de la presión, y cuenta con esos aparatos. Supongo que con ellos podrá remontarse hasta la superficie…

La expresión preocupada de Mowena no se modificó.

— Están averiados — dijo—. Me ocurrió al abandonar mi nave y viajar sola por el fondo del Pacífico. Esperaba, sin nave, poder sorprender a Hiklos y provocar una avería en la suya desde el exterior. Llevo conmigo un diminuto explosivo. Pero con el fallo en mis propulsores individuales, me vi precisada a tener que andar por el fondo del Pacífico.

— Y fue cuando la sorprendimos nosotros. Sin embargo, Hiklos

dijo que iba a ocuparse de usted…

— No me encontró. Pude aferrarme al casco del batiscafo y viajé con él mientras Hiklos tenía interferidos sus motores. Él ignoraba lo de mi avería en los propulsores individuales y pensó, sin duda, que me había elevado hacia la superficie con ellos. Esto fue lo que me permitió sorprenderle y dispararle un dardo mental.

— Ahora empiezo a explicarme algunas cosas — murmuró Terence—. Bien, mantengo mi idea de abandonar el batiscafo. ¿Cree que Hiklos nos habrá estado escuchando?

— Lo dudo. En estos momentos se dispondrá ya a abandonar su nave para penetrar en esta cavidad mediante sus propios autopropulsores. Sobre la marcha, irá extendiendo una red de ondas de alarma, para impedir mi salida. Sólo si intentamos cruzar esa red nuestra presencia en el agua será descubierta inmediatamente.

— Les gusta a ustedes complicarse la vida en su planeta — gruñó el periodista —. Tiemblo al pensar en lo que ocurrirá en nuestra Tierra cuando se halle también tan «adelantada».

El profesor intervino ahora:

— Lo que importa es pensar en el presente, Lee. Si alguien viese una solución, un camino…

— El de las grietas laterales — repuso Terence—. Las ondas de alarma de Hiklos no se extienden aún por su interior. No nos descubrirá. Y cuando tenga esta cueva completamente bloqueada con sus ondas, nosotros ya estaremos en otra.

— ¿Y después?

— Habremos ganado tiempo. No sabemos qué ocurrirá, pero nos conviene estar fuera del poder de Hiklos mientras podamos. ¿Están de acuerdo conmigo?

Nadie en el batiscafo deseaba caer en manos del extraterrestre que perseguía a Mowena. La fuga era un recurso de emergencia de resultados muy improbables, pero no disponían de otro.

Los tres hombres abandonaron la cámara de máquinas de la averiada nave para ir a equiparse.

— ¿No se habrá llenado el batiscafo de agua, después del accidente? — preguntó Mowena.

— Todos los compartimientos son estancos y se cierran herméticamente — contestó el profesor, en tono lleno de orgullo—. La avería sólo ha afectado a los depósitos de agua que regulan

nuestra estabilidad.

Tardaron muy poco en cambiarse. Mowena les vio aparecer de nuevo, con los trajes de submarinista, los cilindros de aire y los cascos, sin colocar aún, con linternas en la frente y equipo radiofónico para poderse comunicar a través del agua.

Mowena tomó asimismo su casco, para colocárselo antes de salir.

— Adaptaré mi sistema de ondas al de ustedes — dijo—. De este modo, la comunicación entre todos podrá continuar.

Fue una operación rápida y sencilla, por parte de la joven, una vez se enteró del tipo de onda utilizado por los terrestres.

Se ajustaron todos los respectivos cascos, y Terence Lee, convertido ahora en jefe indiscutible del grupo, dispuso:

— En marcha. Antes de que Hiklos acabe de acercarse.

— Creo que deberíamos dejar encendidas las luces del batiscafo — sugirió Julius Weltz —. Atraerán a Hiklos hacia aquí, mientras nosotros nos alejamos en otra dirección.

— Y nos permitirán, de momento, prescindir de nuestras linternas individuales. No nos conviene encenderlas hasta que estemos seguros de encontramos lejos de la vista de ese personaje — admitió Lee.

El mecanismo de la compuerta de salida funcionó bien. No había sido afectado por los golpes que recibió el batiscafo al ser rechazado contra las rocas por la onda explosiva.

Poco después, los tres hombres y Mowena nadaban ya en el interior de la cavidad, alejándose de la nave submarina, tan querida por el profesor Weltz.

Terence habló, a través del micrófono de su casco:

— Hacia la pared de la derecha, y lo más cerca posible del fondo. Quedaremos en la zona oscura, afectada por los focos que se han estropeado.

Pudo comprobar que todos le obedecían en silencio.

— ¿Qué tal la presión? — preguntó entonces.

Le contestó la voz del profesor:

— Un poco fuerte, pero se puede soportar. Esperemos poder decir lo mismo durante mucho rato.

Seguían fuera de la zona de luz, pero nadando en dirección a la bloqueada salida de la cavidad.

— Yo sería partidaria de no avanzar más por aquí — dijo entonces Mowena—. Nos estamos acercando peligrosamente a la zona de ondas de alarma que Hiklos habrá empezado a lanzar sin duda.

— Veo una ranura a mi derecha — contestó Terence, que seguía avanzando el primero—. Es estrecha y no sé si tiene salida. Pero lo mismo nos ocurrirá con otras que encontremos. Hay que arriesgarse.

— Tiene razón, Lee — dijo Weltz—. Probemos en ésta.

Terence metió la cabeza. La anchura de la grieta alcanzaba apenas el medio metro, pero, si no se estrechaba más al interior, podrían pasar.

— Echaré un vistazo — dijo el joven—. Con la cabeza dentro, las rocas impedirán que se vea la luz.

Lo hizo, pero casi al momento retiró instintivamente la cabeza, al mismo tiempo que volvía a apagar rápidamente la luz.

— ¿Qué sucede, Lee? — preguntó el profesor.

— ¡Miren… si pueden verlo!

Lo vieron, porque lo que había hecho retroceder a Terence emitía una suave y extraña fosforescencia, en constante movimiento.

Se trataba de una pequeña bandada de peces, de poco tamaño pero de aspecto monstruoso. Una cabeza enorme, con una boca descomunal, que parecía partir al pez por la mitad; y a continuación de la cabeza, un cuerpo delgadísimo y alargado, como la hija de un látigo, en continua y veloz ondulación.

Los peces pasaron rozando el casco de buzo del periodista, y su leve fosforescencia se alejó por la cueva, apartándose de la luz de los faros del batiscafo.

— Si no me equivoco, se trata de unos *macropharynx* — dijo Weltz, mirando en la dirección tomada por los peces.

Terence tenía en la mano el pequeño arpón mecánico que formaba parte del equipo de submarinista.

— Gracias por la información, profesor—dijo, recuperando ya su tono burlón, que siempre acababa sobreponiéndose a las circunstancias—. Lástima que el momento no sea el más adecuado para dar una clase de Historia Natural. Lamento haberme dejado la cámara cinematográfica en el batiscafo.

— La presencia de esos peces puede indicar que la grieta tiene comunicación — continuó el profesor—. Son animales de presa. No estaban aquí escondidos, sino que sin duda procedían de un recinto más amplio.

— ¡Hum! —hizo Terence—. Si nos encontramos con otros cuando estemos encajados en la grieta… Esas bocas no me han gustado nada, se lo aseguro.

— Pueden tragar animales de tamaño dos o tres veces superior al suyo. Pero no creo que se atrevan con nosotros. Además, huyen de la luz potente, como han visto ustedes. Bastará que encendamos nuestras linternas una vez dentro de la grieta.

— Esperemos no encontrarnos con una bandada de pirañas abisales — dijo Terence, empezando a introducir de nuevo la cabeza en la abertura.

— No me he enterado de que existan. En cualquier caso, por desgracia, no tenemos elección.

Terence gruñó de nuevo, pero siguió adelante a través del estrecho paso. Le siguió Mowena, a continuación el profesor, y Tony Reeds ocupó el último lugar de la fila.

No encontraron más peces, pero el camino se iba estrechando por momentos, lo que dificultaba enormemente el desplazamiento y hacía sumamente lento el avance.

De vez en cuando aparecían otras grietas, por los lados, entre rocas mal encajadas. Pero eran espacios demasiado estrechos para permitir el paso de cuerpos humanos.

— ¿Cuánto rato llevamos metidos en este callejón sin salida? — rezongó Tony Reeds, desde la retaguardia.

— No tengo ni idea, muchacho — contestó Terence—. He perdido la noción del tiempo. De hecho, la he perdido desde nuestro primer encuentro con Mowena.

— A mí, el estómago me lo está indicando — replicó el piloto.

— Pues temo que tendrás que apretarte el cinturón de la escafandra mientras todo esto no se solucione. A los demás nos ocurre lo mismo.

Habían tomado unos bocados rápidos mientras se cambiaban en el batiscafo, pero no podían pensar en renovarlos si no regresaban a su nave o encontraban algún modo de salir a la superficie, lo cual era todavía menos probable que lo otro.

Estaba, además, la fatiga. Habían transcurrido muchas horas desde que descubrieron las huellas de Mowena en el lecho del océano Pacífico, y desde entonces no se habían podido tomar el más leve descanso.

Terence lo notaba en la pesadez de sus movimientos, aparte de las dificultades del avance a través del agua en aquel estrecho recinto.

— Temo que vamos a quedar empotrados aquí, entre rocas — dijo, de pronto, al comprobar la angostura que tenía delante, difícil de salvar—. Este camino no da más de sí.

— Inténtelo, Lee — dijo Weltz—. Recuerde lo mucho que arriesgamos.

Terence efectuó un nuevo esfuerzo, entre las piedras que le aprisionaban por todos los lados, pero tuvo que darse por vencido.

— Es inútil — manifestó—. Ni un niño podría pasar por aquí.

— Entonces… la única solución será hacer marcha atrás y buscar una nueva grieta — dijo el profesor.

— Esto equivaldría a ponernos en manos de Hiklos — intervino Mowena—. En estos momentos, tendrá ya tendida su red de ondas detectoras.

— ¿Sugiere que permanezcamos indefinidamente en el fondo de este interminable embudo, Mowena? — preguntó Terence.

— Por lo menos es un buen escondite, mientras no encontremos uno mejor. Y… creo que ya lo hemos encontrado.

—¿Eh…?

— Miren arriba, sobre sus cabezas. El paso no se ensancha de frente, pero sí por lo alto.

Todos hicieron lo que indicaba la joven. Hasta entonces, la disposición de la grieta les había inducido a seguir de forma intuitiva un avance horizontal, porque la rocosa bóveda llena de agua no ofrecía posibilidad alguna en su parte superior. La atención de todos, especialmente la de Terence, siempre en la cabeza de la fila, había estado puesta al frente, para enfocar las posibilidades del camino en aquel fantástico e increíble mundo en que se hallaban metidos.

Pero ahora pudieron comprobar que las rocas se separaban por encima de sus cabezas, ofreciendo un paso por el que penetraba el agua, hasta un límite cuya altura la luz de sus linternas no

alcanzaba a precisar.

— Es cierto — murmuró Terence—. No deja de ser una salida. Podemos probarla… hasta que de nuevo no podamos continuar.

— Tal vez en el último instante encontraremos otra — dijo Mowena.

— ¿Pero no os dais cuenta de que esto es meternos en un horrible laberinto de piedras, a diez mil metros de profundidad, y del que jamás encontraremos la salida? — protestó Tony Reeds.

— Esto, o dejarnos capturar por Hiklos — planteó la extraterrestre.

— Creo que no sé qué elegir — manifestó el piloto.

— Entonces, déjanos elegir a nosotros, Tony — dijo Terence—. Te aseguro que nuestra situación no es mejor que la tuya, y no me dirás que miento si te digo que en estos momentos preferiría estar en Nueva York, filmando la actuación de los bomberos en algún incendio, o a algún tipo que amenazara arrojarse desde lo alto de la estatua de la Libertad si no eran satisfechas sus demandas. ¡Pero da la casualidad de que estamos aquí, metidos en una de las fosas más profundas del fondo del océano Pacífico!

— No hace falta que me lo recuerdes, Terence — gruñó el otro —. De haberlo sabido antes de partir…

— Seguro que no hubieras venido. Tampoco yo. Lo hice por Claire Huntington, pero si he de perderla, o, mejor dicho, si ella me ha de perder a mí, hubiera sido mejor quedarme tranquilamente en América.

— ¿Qué decidimos? — preguntó Mowena.

A continuación, una voz que no era la de la joven resonó simultáneamente en los auriculares de todos los cascos:

— Esta fuga es insensata. ¿Qué piensan hacer? ¿Adónde se proponen ir? ¡Entréguense y no me hagan perder más tiempo! ¡La responsabilidad exigida será entonces mucho más grave!

No tuvieron que hacer ningún esfuerzo para identificar al que acababa de pronunciar aquellas palabras, ahora en un inglés despersonalizado, pero siempre en un tono frío y amenazador.

Era la voz de Hiklos.

* * *

Como en las demás ocasiones, a las palabras del extraterrestre, al que sólo conocían por el sonido, siguió un silencio glacial.

Esta vez fue el profesor Weltz el que lo rompió.

— Nos ha localizado — dijo.

— No — replicó Mowena —. No tiene la menor idea de dónde estamos.

— Sin embargo…

— Ha hecho funcionar su sistema de detección y ha conseguido interferirse en el nuestro de radio — explicó la joven—. Si nos ha oído hablar, puede incluso calcular la distancia a que nos hallamos de él. Pero a esto se reduce todo.

— ¿Le parece poco? — gruñó Reeds.

— Sabe que nos hemos internado en las grietas. Sabe que estamos en alguna de ellas, pero ignora en cuál. El detector le precisa nuestra posición, pero no le indica el camino que hemos seguido. Para encontrarnos ha de buscarlo, probando grieta tras grieta, hasta que acierte.

— Pero nos oye.

— Eso no podemos evitarlo, a menos que destruyamos nuestra radio… o que no digamos nada. En todo caso, no le sirve tampoco para encontrar el camino hasta nosotros.

Se oyó un gruñido en los auriculares, y después nuevamente la voz de Hiklos:

— Ya vosotros, ¿de qué os sirve estar metidos en esa colmena de rocas? ¿Cómo pensáis salir? ¡Acabaréis cayendo en mis manos, si no queréis perecer agotados!

— Podríamos negociar — sugirió Terence, de pronto.

— ¿Negociar? — repitió Mowena —. ¿En qué sentido, señor Lee?

— En el mismo que cuando fue usted encerrada en el batiscafo, Mowena. Repito lo que dije allí. Es usted muy hermosa, me atrevería a decir que más que Claire, pero nos ha embarcado en una aventura que nunca habíamos deseado.

— ¡Lee! —intervino Julius Weltz—. ¿Sería usted capaz…? No podemos traicionar…

— No hemos prometido fidelidad a nadie, profesor — replicó el joven periodista —. Nos hemos escondido aquí para no caer prisioneros de un poder desconocido, pero ni siquiera sabemos por

qué causa lucha Mowena. Y aunque la supiéramos, no nos interesa. No podemos inmiscuirnos en los problemas de ese lejano planeta al que ella llama Atlántida. ¡Lo que nos interesa es salir del atolladero en que nos hallamos metidos!

Seguían los cuatro en fila, dentro del agua, en el estrecho paso que no permitía continuar adelante y debajo de la salida que ofrecía, arriba, la bóveda de la grieta.

Hablaban a través de la radio de sus cascos, pero no se podían ver los rostros unos a otros. Por eso, Terence no pudo apreciar la expresión de amenazadora dureza que acababa de adquirir el de Mowena.

— ¿Qué se propone hacer, señor Lee? — preguntó ella.

— Hablar con Hiklos. Si él acepta mis condiciones, le indicaré el camino que ha de seguir para llegar hasta usted.

— ¡Hable, Lee! ¡Le escucho! — dijo la voz de Hiklos.

— Puede usted despejarnos el camino para que nuestro batiscafo salga al mar libre — dijo Terence—. Nosotros nos encargaremos de su reparación. Los daños no han sido graves. Después, naturalmente, ha de permitirnos que nos alejemos de aquí.

Hizo una breve pausa y preguntó:

— ¿Estás de acuerdo conmigo, Tony? ¿Y usted, profesor?

— Yo lo que quiero es acabar de una vez con esta pesadilla — contestó Reeds —. Y estoy de acuerdo contigo en que no traicionamos con ello a nadie. Todo lo que puedo añadir es que mi primer contacto, y espero que sea el último, con los extraterrestres, no ha sido nada grato.

— Profesor… — dijo Terence, cuando el piloto hubo acabado—, ¿cuento con su aprobación?

— No, Lee — replicó el hombre de ciencia—. Quizá es porque yo soy de otra época. Llevo ya medio siglo encima de los hombros, y mi concepto de la caballerosidad es diferente. Estamos junto a una mujer, terrícola o no, y no me siento capaz de abandonarla a su suerte, me pase lo que me pase.

— ¿Necesita la aprobación de ese profesor para indicarme el camino? — preguntó Hiklos, que seguía escuchando.

— No… pero me hubiera gustado que los tres hubiésemos estado de acuerdo.

— ¿Y sin él…?

— Hablaré de todos modos. Somos tres y hay dos votos a favor. En nuestro planeta, la opinión de la mayoría es la que se cumple.

— Hable, pues — repuso Hiklos—. Por mi parte, me comprometo a cumplir lo que me ha pedido a cambio.

Sin embargo, la voz del extraterrestre, no se había suavizado. Mantenía el mismo tono acerado que en los primeros momentos.

— De acuerdo — dijo Terence.

— Todavía no — intervino entonces Mowena en tono amenazador.

— ¿Eh…? Es inútil, Mowena. Usted no puede impedir…

— Ha consultado usted todas las opiniones, menos la mía, señor Lee — le interrumpió ella—. También formo parte del grupo.

— Esto produciría un empate — replicó Terence, casi de buen humor—. Porque no creo que usted se muestre partidaria de que facilite la información a Hiklos.

— No. Desde luego, estoy contra su idea, señor Lee. Pero puedo asegurarle que no hay empate.

— ¿Cómo…?

— ¡Porque mi voto vale más que los tres de ustedes reunidos, incluido el del profesor Weltz!

Terence se empezó a alarmar.

— ¿Qué se propone, Mowena?

— No dejarle hablar. Admito que me desconcerté cuando Hiklos me comunicó que había desintegrado mi nave. Pero he reaccionado ya. Y veo una nueva posibilidad de salvarme.

— ¿Con sus autopropulsores averiados?

— Aun sin ellos, una vez fuera de estas rocas, puedo alcanzar la superficie del océano sólo dejándome llevar por la presión del agua hacia arriba. Mi equipo de buzo resistirá lo demás.

— Interesante, Mowena — dijo Hiklos, que seguía hablando en lengua inglesa—. ¿Qué harás después?

— Mezclarme con los terrícolas, Hiklos — contestó ella, ahora con un fondo de burla —. Mi figura me permite pasar por una mujer de la Tierra. Nunca sabrás dónde estoy y, sobre todo… ¡nunca te atreverás tú a mezclarte con ellos para buscarme!

— ¿Y por qué cree que no se atreverá, Mowena? — preguntó Terence, ligeramente intrigado.

— Hemos dejado de ser amigos, y no por mi decisión, señor Lee

— contestó la joven con frialdad—. No espere que conteste a ninguna pregunta suya.

Aparecía amenazadora, hierática, como cuando entró en el batiscafo y se enfrentó con ellos.

— Bien, en el fondo, no me importa — replicó el periodista —. Hiklos se la llevará a su Atlántida antes de que ocurra todo esto. Porque le voy a decir cómo ha de llegar hasta aquí.

— ¡Dese prisa, Lee!—gritó Hiklos, desde su distante situación, sin duda en la cavidad donde habían abandonado el batiscafo —. ¡Hable de una vez!

Pero a la voz de Hiklos siguió la de Mowena, tan acerada como la de aquél:

— En cuanto pronuncie usted la primera palabra, señor Lee, quedará fulminado por uno de mis dardos mentales. Fulminado y sin vida, porque no tendré ninguna consideración. ¡*Y lo mismo haré con el que quiera secundarle! ¡No es una amenaza, terrícolas*! ¡*Es un anuncio de lo que les va a ocurrir!*

CAPÍTULO VI

Hasta el profesor Weltz, que se había mostrado partidario de no abandonar a Mowena, sintió un estremecimiento, más que por las palabras en sí por el tono con que habían sido pronunciadas.

Tony Reeds se estremeció más aún.

— Recibí uno de esos disparos, Terence… — murmuró.

— Que fue de los más suaves, señor Reeds. Sólo para que me soltara usted los brazos — concluyó Mowena.

La voz de Terence les llegó a todos, a través de los auriculares de los cascos. Calmada, como si la amenaza, o advertencia, de la extraterrestre no le hubiese afectado en absoluto.

— ¿He de considerar, entonces, que te arrepientes, Tony?

— No es mi costumbre… pero me veo impotente — contestó el piloto—. No me importa luchar, caer, que me destrocen, cuando yo a mi vez puedo repartir puñetazos. Cuando tengo un mínimo de probabilidades a mi favor. ¡Pero esto es ser sacrificado atado de pies y manos, como una res, Terence!

— Está bien—dijo el periodista, con el mismo tono tranquilo de antes—. Vuelve usted a ganar, Mowena.

Hizo una pausa, y añadió:

— Ya lo ha oído, Hiklos. No puedo hacer nada. Si empiezo a hablar, caeré muerto. Esto no le aprovecharía a usted ni me aprovecharía a mí.

— En tal caso, considero roto el pacto — dijo la fría voz de Hiklos—. Aunque… si encuentra una oportunidad y me ayuda, lo consideraré de nuevo.

— Está considerado, Hiklos — dijo Mowena—. Es mi voluntad lo que se va a cumplir. Deja de fastidiar con tu charla. No acostumbres a perder el tiempo hablando en vano.

— No. Y obraré en vez de hablar — contestó Hiklos.

La comunicación quedó interrumpida. Pero sólo entre Hiklos y el grupo detenido en el estrecho paso. Mowena volvió a hablar, dirigiéndose ahora a los tres hombres:

— Van a seguirme. Quiero ver qué posibilidades nos ofrece este camino. Yo iré delante, y usted ocupará la retaguardia, profesor.

Fulminaré al que trate de rezagarse o intente facilitar algún dato a Hiklos.

— No es necesario que nos lo jure, Mowena. Estamos convencidos de ello—dijo Terence.

— Supongo que tampoco hace falta que le jure que desde este momento vuelvo a hacerme cargo del mando del grupo, señor Lee.

— Un mando oscilante, como el péndulo de un viejo reloj. ¿Quién lo ostentará la próxima vez?

— No habrá nuevo cambio. En marcha, todos detrás de mí — ordenó la joven.

Y la inició hacia la rocosa bóveda. Terence y Reeds comprendieron que no podían hacer otra cosa más que seguir. En cuanto al profesor Weltz, estaba voluntariamente dispuesto a ello.

La bóveda la formaban dos enormes rocas que no se habían acabado de juntar y ofrecían, por tanto, un estrecho paso entre una y otra. Estrecho, pero suficiente para dejar pasar un cuerpo humano a través del mismo, siempre en dirección ascendente.

Fue lo que hizo Mowena, atenta siempre a que la siguieran los demás.

En la parte alta, las rocas formaban un rellano a cada lado y, por tanto, el paso se ensanchaba todavía más allí. La mujer apoyó instintivamente una mano en el borde del rellano y miró abajo, para comprobar que era obedecida por los tres hombres.

Por eso no captó el resplandor fosforescente del ser que reposaba allí. Se dio cuenta cuando notó que su mano no se apoyaba en la roca, sino en algo blando, de una viscosidad repelente. Y, al mismo tiempo, notó el brazo oprimido por unos poderosos tentáculos.

A continuación, otros tentáculos rodearon todo su cuerpo.

Mowena dejó escapar un leve grito, que fue captado simultáneamente por los auriculares de los tres hombres que seguían detrás.

Terence, que ascendía por la parte más estrecha del paso, se encontraba sólo a poco más de un metro por debajo de la joven. Al oír su grito intuyó que algo había ocurrido y dio un salto hacia arriba, en el líquido elemento que le envolvía.

En un instante, estuvo junto a Mowena y el horrible ser entre cuyos tentáculos se hallaba ella apresada.

Y el periodista no perdió tiempo en pensarlo. Obró instintivamente. El arpón mecánico, que se había sujetado a la cintura, apareció en su mano con la misma rapidez con que los antiguos pistoleros del Oeste americano desenfundaban el revólver.

Y lo disparó con no menos velocidad.

Sin embargo, no tuvo la puntería de los antiguos pistoleros de leyenda. El monstruo agitaba los tentáculos libres, los que no apresaban a Mowena, y el afilado dardo sólo consiguió clavarse en uno de ellos.

Terence se lanzó entonces hacia delante, para arrancarlo de un tirón y clavarlo de nuevo, pero sobre la marcha vio, con asombro, que los demás tentáculos se aflojaban, se distendían y soltaban a la mujer.

Con el arpón en la mano, Terence se quedó mirando al horrible ser de las profundidades marinas, que ahora no se movía en absoluto y, poco a poco, iba perdiendo su resplandeciente fosforescencia.

— Es increíble… — murmuró—. Está muerto… y sólo porque le he traspasado un tentáculo.

Vio entonces la sonrisa de burla de Mowena, que se había deshecho ya del repelente abrazo.

— No se preocupe — dijo ella—. Nadie le acusará de esta muerte, respondo de ello. Porque la verdadera causante… *he sido yo.*

— ¿Usted…?

— Los dardos mentales obran directamente sobre el sistema nervioso de los seres a los que van dirigidos, y si son lo suficientemente intensos, ponen fin a su vida. *No lo olvide.* Y recuerde que puedo lanzarlos incluso a través de mi casco.

Había una clara amenaza en aquellas palabras.

— Supongo… que no podré olvidarlo — dijo Terence.

— Por eso no le he desarmado de su arpón — continuó ella —. No representaba ningún peligro para mí.

Terence se tensó.

— Mowena — dijo—, lucha usted por algo que no se ha dignado contarnos. Creo que, en realidad, ni nos importa. Nosotros somos habitantes de la Tierra, y usted su enemigo. Puedo apresarla, si lo consigo, porque me he visto metido en este lío contra mi voluntad,

y tengo derecho a recuperar la libertad. ¡Pero soy incapaz de atacar a una mujer, terrestre o no, con ninguna clase de arma!

Mowena no dijo nada. El profesor Weltz y Tony Reeds habían llegado ya junto a ellos, en la parte más ancha del paso, y el hombre de ciencia estaba examinando el cadáver del monstruo marino.

— Es un *brisinga* — declaró —. Pero de una especie gigantesca, desconocida hasta ahora por los naturalistas y oceanógrafos. Los del océano Atlántico, que son los catalogados, tienen un tamaño muchísimo más pequeño.

— En palabras llanas, pongamos que se trata de un pulpo gigante, profesor — replicó Terence, que recobraba su buen humor.

Weltz le miró casi con pena, como si se compadeciera por su ignorancia.

— Joven, esté no es ningún pulpo — dijo—. Este animal pertenece al tipo de los asterídeos, o estrellas de mar. Nada tiene que ver que sus brazos sean tentaculares. También los de la estrella de mar corriente se cierran sobre su presa.

— ¿Qué les parece si dejáramos las explicaciones científicas y continuásemos el ascenso? — intervino Mowena.

Terence miró hacia arriba. La luz de la linterna de su casco se perdía en la masa de agua, por encima de él, sin que se viera roca alguna que obstaculizara el camino. Movimientos rápidos, lejanos, indicaban el veloz paso de los peces de las profundidades, que huían del gran resplandor de la luz. Las paredes laterales parecían ensancharse cada vez más, a medida que ascendían.

— ¿No me han oído? — insistió la mujer.

— Sí, Mowena, perfectamente. Pero temo que no vamos a poder obedecerla.

— ¿Cómo se atreve?

— Observe. Estamos ahora en el fondo de un embudo gigantesco, puesto en su posición normal.

— ¿Y esto qué tiene que ver?

— Para usted, nada, Mowena. Lleva un equipo de buzo formidable, que en la Tierra nos es desconocido. Le permite, como hemos podido comprobar, soportar las más fuertes presiones. Pero nosotros no tenemos esa suerte.

Julius Weltz, que había ya dejado de prestar atención al *brisinga,*

intervino a su vez:

— Es necesario reconocer que Lee tiene razón. La masa de agua que tenemos encima representa un peso formidable, que podemos resistir aún porque estamos en la parte más estrecha de la base del embudo. Pero si tratamos de ascender, seremos irremisiblemente aplastados. Moriremos los tres.

— Y si no me obedecen, morirán también. No esperen que les deje aquí. Hiklos tiene aún interferidas sus radios y pueden comunicarse con él. Les llamaría, porque nos está escuchando. ¡Y ustedes le orientarían para que encontrase el camino!

Su tono volvía a ser frío y amenazador, como en ocasiones anteriores. Contrastó con el tono irónico de Terence:

— ¿Tanto le teme, que no se atreve a luchar abiertamente con él?

— Esto es cosa mía. No he de explicarles nada. ¡Y ustedes han de limitarse a obedecer! ¡He dicho que continuásemos ascendiendo! ¡No puedo darles la oportunidad de que hablen con Hiklos! *¡Si he de dejarles… será solamente muerto*!

— ¡No puede hacer esto, Mowena! —gritó entonces Tony Reeds —. ¡No tiene derecho a obligarnos a morir aplastados por la presión del agua! ¡A mí… me está ya empezando a faltar la respiración!

— ¡Ya mí! —corroboró Weltz.

— He dicho que ascendamos. Obedezcan — ordenó Mowena, sin hacerle caso.

— Le doy mi palabra de que no hablaré con Hiklos, ni permitiré que hable nadie — insistió Reeds, con voz suplicante.

— Tony, no lloriquees — le reprochó Terence—. Tenemos que seguir hasta que el cuerpo aguante, como se dice por allá arriba. Si hemos de morir, que sea como hombres.

— Los hombres mueren luchando… y yo no puedo hacer nada. No es lo mismo. No me importaría sucumbir si pudiera defenderme a puñetazos. Alguno acertaría. ¡Pero están sus malditos dardos mentales y yo experimenté uno ya!

— Hay muchas formas de luchar, y yo lo haré a la mía — replicó Terence—. No sé si conseguiré nada, pero, puesto que está ya todo perdido, no importa.

Miró a la joven con desafío. Levantó un brazo y gritó:

— *¡Ave, César, los que van a morir te saludan!* ¡Adiós, Mowena, y

el que quiera que me imite!

— ¿Qué… qué va a hacer, señor Lee?

— ¡Acabar de una vez! ¡Adiós!

Hizo una pirueta en el agua, muy rápida, y quedó con la cabeza apuntando hacia abajo y los pies hacia arriba. Agitó los brazos y empezó a nadar en dirección al estrecho paso por el que había ascendido. Al mismo tiempo, gritó:

— ¡Hiklos! ¿Está ahí? ¿Me oye?

No fue muy lejos. Pudo oír todavía la voz de Mowena, implacable, glacial:

— ¡Les avisé a todos, señor Lee!

Notó como si hubiese recibido un formidable martillazo en el interior del cerebro.

Después, nada. La negrura más absoluta le envolvió por completo.

* * *

Terence Lee notó cómo si despertara poco a poco de un sueño muy pesado, de una escalofriante pesadilla.

Sus ideas no estaban todavía muy claras y tenía los ojos medio cerrados. Le costó abrirlos del todo, para mirar en torno suyo. No podía recordar si se había quedado dormido en alguna butaca de la redacción del «Philadelphia Sun» o en su pequeño despacho de la pensión en la que se alojaba.

Había poca luz. O quizá su vista no se había aclarado aún lo suficiente. Sin embargo, pronto tuvo la convicción de que aquello no era ni la sala de redacción ni su despacho. Ni había tampoco allí ninguna butaca. Al intentar incorporarse, notó que estaba tendido sobre un lecho de arena fina.

— ¿Eh? — murmuró —. ¿Quién me ha traído hasta aquí? ¿Dónde estoy?

Los recuerdos empezaron a afluir vertiginosamente. El batiscafo, el lecho del océano Pacífico, la gran fosa de Tonga, las cavidades y grietas del profundo acantilado, el profesor Weltz, Tony Reeds…

¡Y Mowena, la extraterrestre!

Sintió que un estremecimiento recorría todo su cuerpo. Recordó los últimos instantes, cuando recibió la formidable descarga mental.

— Pero… aquí no hay agua. No estoy en el fondo del océano — dijo en voz alta.

— No, señor Lee. Ya no está usted en el océano. Por lo menos, en su fondo. Han emergido ustedes a la superficie, sobre tierra firme. Los tres.

Terence no necesitó volverse para identificar a quien le había hablado. El tono frío, aunque con ligera mezcla de burla, era inconfundible.

Era la voz de Mowena, que estaba allí, a su lado, sentada sobre la arena.

El periodista vio ahora que estaba en una cueva, no con agua, pero indudablemente muy cerca del mar, a juzgar por el material que constituía el suelo de la misma.

Entraba luz. Luz del día, aunque no podía verse el exterior. Luego, la salida estaba cerca. Aquella luz le permitió ver los cuerpos de sus dos compañeros, el profesor Julius Weltz y Tony Reeds, piloto del abandonado batiscafo, que yacían dormidos o inconscientes muy cerca de donde hasta aquel momento había estado tendido él.

Llevaban puestos todavía los equipos de submarinistas, lo mismo que él, pero les habían quitado los cascos, que Terence pudo ver en el suelo, sobre la arena.

Volvió por fin la cabeza hacia la mujer. También ella seguía vestida con su extraño equipo de *buzo,* y se había quitado el casco transparente.

— ¿De modo… que no me mató?

— Si lo hubiese hecho, no estaría ahora usted en condiciones de formularme la pregunta, ¿no cree?

— Entonces… es usted menos dura, más sensible de lo que quiere dar a entender.

En la mirada de Mowena había la misma leve expresión de burla que en el tono de su voz cuando replicó:

— Digámoslo de otro modo: que no mato a menos que sea absolutamente necesario para salvar mi vida. Y no lo fue en el caso de usted. Me bastó aturdirle, dejarle inconsciente.

— Casi es humillante para mí pensar que represento estorbo tan pequeño. Que soy una insignificancia, a la que no vale siquiera la pena aplastar.

— ¿Preferiría que le hubiese matado?

Terence sonrió por vez primera desde que había recuperado el sentido.

— Sospecho que no, Mowena — dijo—. No sé qué aprecio tienen por la vida en su distante planeta. Aunque, a juzgar por lo desesperadamente con que huye usted del peligro de ser capturada por ese Hiklos, se puede deducir que es un aprecio muy parecido al nuestro.

Trataba de devolverle la humillación, recordándole que en toda la aventura ella no había hecho otra cosa más que manifestar su miedo.

— La vida se aprecia siempre y en todas partes — contestó ella, de forma vaga —. Todos, en cualquier parte del universo, tratan de conservarla. Usted trató de salvar la mía, a pesar de que era mi prisionero, cuando aquel animal marino me apresó con sus tentáculos.

— No pensé que era usted capaz de defenderse sola. ¿Quizá… fue esa actitud mía lo que me salvó poco después de un «dardo» mortal?

Mowena rehuyó una respuesta concreta.

— Le he dado antes una explicación. Acéptela — dijo.

Terence comprendió que sería inútil seguir por aquel camino. Señaló a sus dos compañeros, inconscientes aún, y preguntó:

— ¿Puedo saber, por lo menos, cómo nos ha transportado hasta aquí? ¿O forma ello parte de sus numerosos secretos?

Por toda respuesta, Mowena llevó una mano al cinturón de su equipo de buzo y sacó algo del mismo. Se lo mostró a Terence, en la palma de su mano.

— Mire esto — dijo.

— Veo un pequeño cilindro, algo mayor que una bala de fusil — comentó el periodista—. ¿Tiene propiedades especiales?

— Algunas. Emite un determinado tipo de ondas. No le cansaré con explicaciones científicas que sé que no entendería. Diré, sencillamente, que se trata de ondas «antipresión». Tales ondas forman dentro del agua una burbuja que puede aumentar de volumen hasta adquirir un tamaño considerable.

— ¡Interesantísimo! —exclamó Terence.

— Esto significa que se forma un «hueco» sin agua — continuó

Mowena—. Un hueco que contiene aire respirable. Si la burbuja se ha agrandado lo suficiente para que en su interior se puedan refugiar una o varias personas, éstas no quedan sometidas a presión alguna, por muy en el fondo del océano que estén.

— Lo comprendo perfectamente, pese a mi condición de vulgar terrícola, Mowena — dijo el periodista, con un asomo de ironía.

— Si pretende burlarse, no hablo más.

— ¡Por favor, Mowena, continúe! Está en vena de dar explicaciones y yo me puedo aprovechar de ella.

— Y yo también, Lee — dijo el profesor Weltz, a sus espaldas.

Él y Reeds acababan de despertar y, medio aturdidos aún, estaban empezando a hacerse cargo de la nueva situación. Tony Reeds se sentía tan sorprendido que ni siquiera se le ocurrió gruñir.

— Buenos días, profesor— saludó Terence, jovial—. Y también a ti, Tony. Ya ven que la situación ha cambiado favorablemente.

— Pero obrarán con sabiduría si recuerdan que yo estoy aquí… y que sigo siendo la que decide — dijo Mowena, nuevamente en actitud glacial y amenazadora.

Terence consideró, para sí, que la joven era una extraterrestre con una mentalidad muy diferente a la de los habitantes de la Tierra. Ello explicaba los continuos y repentinos cambios en la forma de expresarse Mowena, difíciles de comprender de otro modo.

— ¿No quiere seguir explicándonos cómo nos ha subido hasta aquí? — preguntó, ahora sin asomo de burla.

— Después de lo que he dicho antes, pueden imaginarlo con facilidad. Les dejé inconscientes a los tres, con otros tantos dardos mentales, para obrar con más tranquilidad. Formé la burbuja y les metí dentro. Y yo, con ustedes, naturalmente. El ascenso de una burbuja de aire a la superficie del mar es rapidísimo.

Creo que esto forma parte de la física que estudian ustedes.

— En efecto — dijo el profesor.

— Me aseguré sobre la marcha de que no había ningún obstáculo. Nuestro embudo, o pozo, salía directamente al lecho del océano Pacífico, cerca del borde del acantilado. Una vez llegada la burbuja allí, no había el menor peligro de encontrar obstáculos.

Terence frunció el ceño.

— Si disponía de estas ondas «antipresión» — dijo—, ¿por qué

nos dejó creer que moriríamos aplastados, cuando nos ordenó ascender, desde el fondo del embudo?

Y otra vez Mowena volvió a ser la mujer extraterrestre, dura e implacable.

— Yo mandaba, señor Lee — manifestó, con severidad—. Y ustedes eran mis prisioneros. De haber podido hacerlo, me hubieran reducido a la impotencia y me hubiesen entregado a Hiklos, mi enemigo. Por tanto, no les tenía que dar ninguna explicación. Sólo exigirles obediencia.

— No pensábamos hacerlo por animadversión personal contra usted, Mowena, sino sólo para libramos de un peligro que no habíamos buscado. Nosotros no somos más que unos modestos habitantes de esta Tierra. No estamos en condiciones de intervenir en luchas muy superiores a nuestras posibilidades.

— Al intentar apresarme, intervenían — le reprochó ella—. Y sé que volverían a intentarlo si las circunstancias les fuesen desfavorables.

— Afortunadamente, no lo son — replicó Terence —. ¿Por qué no firmamos definitivamente un tratado de paz?

— Porque ustedes son los derrotados; porque están bajo mi dominio y no tengo necesidad de aceptar ningún tipo de condiciones.

Seguía mostrándose implacable. Julius Weltz intentó suavizar la situación.

— ¿Podemos saber qué piensa hacer con nosotros, Mowena? —preguntó.

— Dejarles en libertad cuando no representen ningún peligro para mí.

— ¿Acaso podemos representarlo? Acaba de decirnos que nos tiene por completo bajo su poder. Y hemos de admitir que es verdad.

— He perdido mi nave, de momento, y no sé por cuánto tiempo, tendré que vivir en este planeta — explicó la joven —. Afortunadamente, mi aspecto, mi configuración, me permitirán pasar por una terrícola más. Nadie sospechará la verdad… a menos que sea denunciada. Y ustedes pueden hacerlo.

— No lo intentaremos.

— Tomaré medidas para que así sea — continuó ella—. Conozco

la geografía de su planeta. Les conduciré a la costa americana, les dejaré allí y desapareceré definitivamente de su vista. Iré a mezclarme con la población de alguna gran ciudad… en alguna parte del mundo.

— Yo creo que, si quiere adaptarse, no le costará mucho y no encontrará la vida en nuestra Tierra tan desagradable como parece dar a entender, Mowena — comentó Terence, que no podía evitar su tendencia a la ironía —. Puede empezar de nuevo, como solemos decir. Es usted hermosa. No lo considere un halago, sino que ello responde a la realidad. Quizá incluso puede salirle algún pretendiente…

— ¡Nunca me casaría con un hombre de su Tierra, señor Lee! — replicó ella, secamente.

— No lo digo por mí. Yo tengo novia, ¿comprende? Admito, sin embargo, que si no fuera por esa dureza que usted se empeña en demostrar…

Antes de que Mowena pudiera decir nada, el profesor Weltz intervino, cautamente:

— ¿Tiene idea de dónde estamos ahora exactamente, Mowena?

La joven se expresó esta vez con más naturalidad:

— Al salir a la superficie, en la burbuja, ésta no se deshizo. Mantuve las ondas y, además, las impulsé, hasta que descubrí tierra. Esta isla. En realidad, se trata de un pequeño islote deshabitado. Un simple amontonamiento de rocas, que forma parte del archipiélago que ustedes llaman de Tonga. Descubrí esta cueva y aquí les he tenido un día entero.

— ¿Un día entero?

— Estaban ustedes agotados y necesitaban descansar. Yo también, lo admito. Les di uno de mis comprimidos alimenticios, que llevo en el cinturón, una vez les hube quitado los cascos. Lo tragaron medio inconscientes. A continuación les di un somnífero, para que su descanso fuese total.

— Con ello demuestra que no es tan dura como quiere aparentar, Mowena — dijo Terence.

— No dejo perecer a nadie si puedo evitarlo. Hago como ustedes, después de todo. Si pensaban entregarme a Hiklos, no era por saña, sino para salvarse ustedes. ¿Satisfecho, señor Lee?

— A medias nada más. Pienso que, con esa maravillosa burbuja

podría usted regresar a su planeta. ¿O no?
— La burbuja no es una nave espacial, por desgracia para mí. Sirve para una emergencia, pero no se puede cruzar el universo metido en ella. Tardaría millones de años en llegar… lo cual significa que no llegaría nunca.
— En cambio, sus naves…
— Están provistas de algo especial, que no puedo explicarles, pero que permiten salvar distancias, por inmensas que sean, en sólo segundos. Lo definiré con la expresión de «salto en el vacío». Cuando la nave queda fuera de la gravedad de un astro, se hace funcionar el «salto en el vacío» y automáticamente pasa al campo de gravedad del astro que se ha elegido como destino. Allí, la nave ha de funcionar con su velocidad normal, que puede alcanzar, a pesar de todo, los trescientos mil kilómetros por segundo, o sea la velocidad de la luz.
Se habían puesto todos de pie. Los tres hombres se sentían físicamente reconfortados y descansados. Era evidente que la alimentación y el reposo que les había facilitado Mowena, cuando estaban inconscientes, les había hecho mucho bien.
Terence señaló hacia la entrada de la cueva, de la cual procedía la luz.
— ¿Por qué no echamos una mirada ahí fuera? — sugirió—. Después de haber pasado tanto tiempo en el fondo del mar, tengo ganas de ver un poco las olas por encima.
— Además, quizá podremos descubrir alguna posibilidad de abandonar el islote — añadió el profesor.
Pero Mowena, volviendo a su sequedad, les replicó:
— No. No nos moveremos de aquí. No saldrá nadie de la cueva… de momento.
— ¿Existe algún peligro? — preguntó Terence.
— Hiklos — fue la respuesta—. No ha abandonado aún la partida. Sólo en una gran ciudad de la Tierra, mezclada entre la demás gente, podré apartarme de él. Pero aquí, en este islote, tiene medios para localizar a cualquier persona que salga al exterior de la cueva. Y los empleará.
— ¿Y no teme que la localice también en una ciudad, entre la gente?
— Para ello, Hiklos tendría que estar allí, entre la gente

también. *¡Y Hiklos no se mezclará nunca con los habitantes de la Tierra, porque no puede!* ¡*Porque sería identificado al momento como extraterrestre!*.

—¿Eh…?

La exclamación brotó de la garganta de Terence, pero no pudo añadir nada más. No pudo, porque una voz procedente del exterior, de la entrada de la cueva, ahogó la suya.

Una voz cuyo timbre les era sumamente conocido y que les hizo estremecerse a todos:

— *¡Tienes razón, Mowena! ¡Nunca intentaré penetrar en una ciudad terrestre… pero sí en esta solitaria cueva entre las rocas! ¡Te he localizado por fin!*

Mowena dejó escapar un grito:

— *¡Es él!* — exclamó—. *¡Hiklos! ¡Hiklos está aquí!*

CAPÍTULO VII

Y entonces le vieron. De pie, en la entrada de la cueva, e iluminado por la luz diurna, procedente del exterior.

Los tres hombres le vieron y se estremecieron, como no se habían estremecido en ninguna de las situaciones de aquella fantástica aventura.

Mowena se estremeció también, no por la visión de Hiklos, sino por su presencia allí.

Terence y los otros dos comprendieron ahora por qué Hiklos no se podía mezclar con los habitantes de la Tierra. Supieron por qué no podría pasar inadvertido ni un solo instante.

¡Porque era un ser monstruoso!

Era alto, muy alto: su estatura superaba sobradamente los dos metros. Pero esta estatura era cubierta en casi su totalidad por el tronco y la cabeza. Las piernas de Hiklos, robustas como gruesas ramas de árbol, eran tan cortas como las de un niño de cinco años, y estaban provistas de unos pies grandes y achatados, que recordaban a los del elefante.

En cambio los brazos eran larguísimos. Brotaban de unos hombros muy anchos y pesados, y descendían, con unas enormes manos en los extremos, hasta alcanzar las rodillas de sus cortas piernas. A Terence le recordaron los tentáculos del *brisinga* que habían encontrado en el embudo de la fosa de Tonga.

Pero lo más horrible de Hiklos era la cabeza. Casi normal en su parte baja, por la boca y barbilla, se desarrollaba en el cráneo, completamente calvo, hasta alcanzar cerca de tres veces el tamaño del cráneo de un hombre de la Tierra.

Los ojos, muy pequeños y juntos, pero de mirada tan fría y acerada como el timbre de la voz, hacían destacar más el desproporcionado conjunto de la cabeza.

Como Mowena, vestía un equipo de buzo hecho con una materia especial capaz de resistir bajo el agua la más fuerte de las presiones. Vestido de esta forma, parecía uno de aquellos grotescos y a la vez horripilantes, por su fealdad, bufones de la Edad Media o del Renacimiento, tal como son presentados en las ilustraciones de la

época, exagerando sin duda su deformidad para impresionar más.

Sólo que Hiklos no era ninguna ilustración, brotada de una fantasía retorcida, sino una horrible realidad. Tampoco era un enano, como los bufones, sino un gigante, poderoso, y provisto de unos medios de lucha que Terence y sus compañeros no podían adivinar, pero sí prever.

Les recorrió a todos, con su mirada de acero, desde la entrada de la cueva, y sus ojos quedaron por fin fijados en Mowena.

Dijo algo en el desconocido lenguaje que ya había empleado en una ocasión, a través del intercomunicador del batiscafo.

Mowena contestó en inglés, indudablemente para ser entendida también por los tres hombres:

— Me has encontrado, Hiklos, pero no me has vencido aún. Te costará dominarme… si lo llegas a conseguir. Y no cuentes con la ayuda de los terrestres. Perecerán en cuanto intenten hacer algo en tu favor.

Había recuperado el dominio de sí misma o, por lo menos, trataba de aparentarlo.

Terence adivinó que entre uno y otro extraterrestre, el monstruo y la mujer, se estaba desarrollando un formidable forcejo mental. La lucha entre ambos había empezado, pero prevenidos los dos de ello, habían establecido sendas barreras contra los «dardos» que se lanzaban mutuamente.

Hiklos habló ahora en inglés:

— Los terrestres no me importan. Morirán. Si viven aún, si no les he hecho estallar los cerebros con mis dardos, es porque deseo que sean testigos de mi victoria sobre ti.

Los tres hombres escucharon aterrados la amenaza. No parecía haber salvación para ellos, porque tanto Hiklos como Mowena anunciaban su casi inmediato fin.

— Me ha costado llegar a ti — continuó Hiklos, siempre dirigiéndose a Mowena—, pero mis detectores, poco a poco, me han señalado el camino. ¡Y ahora, te embarcaré en mi nave y te conduciré a Zelthon!

— ¡No, mientras yo viva! —replicó Mowena.

Sin embargo, Terence adivinó un fondo de inseguridad en la voz de la mujer. Posiblemente estaban ambos igualados en cuanto a fuerza mental, pero existía desequilibrio en la fuerza física. Si

Hiklos avanzaba hacia ella con sus cortas piernas y la estrechaba en sus robustos y tentaculares brazos, Mowena no tendría ninguna posibilidad de resistir.

Y fue exactamente lo que empezó a hacer el monstruoso personaje.

Avanzó unos pasos por el interior de la cueva, mientras decía:

— Vamos a terminar de una vez. Y tú lo sabes, Mowena. Mi fuerza mental no puede contra la tuya, pero sí mis brazos. Siempre has temido el encuentro personal, directo, porque sabes que nada puedes hacer para desprenderte de mí, si consigo cogerte.

La tensión era enorme en el interior de la cueva. El esfuerzo mental de los dos extraterrestres, que se compensaba y anulaba mutuamente, parecía llenarlo todo de una extraña electricidad.

Al avanzar Hiklos, los tres hombres de la Tierra retrocedieron instintivamente, hacia el fondo. Pero ni Hiklos ni Mowena se preocuparon por ellos.

— Ríndete. Reconoce tu derrota y ven a mi nave voluntariamente, Mowena — dijo el monstruoso personaje.

— ¡Jamás! —replicó la joven.

Seguían hablando ambos en inglés. Terence no sabía qué pensar de la situación, ni de los motivos de su enemistad y lucha, puesto que las explicaciones de Mowena nunca habían hecho referencia a ello.

Pensó que Hiklos podía estar enamorado de la joven y quería hacerla su esposa. Pensó que, quizá, las leyes del distante planeta, al que ahora Hiklos había llamado Zelthon, obligaban a una unión que sería inadmisible en la Tierra, pero que era aceptada por la exótica mentalidad de aquellas lejanísimas razas.

En todo caso, si era así, estaba claro que Mowena se oponía, y todo daba a entender que había huido de la distante constelación de Andrómeda para escapar al implacable Hiklos.

Pero éste la había perseguido obstinadamente, y ahora todo parecía dar a entender que conseguiría el fruto de su tenacidad.

Terence lo pensó, pero no dijo nada. No habría tenido ninguna utilidad en aquellos momentos y, por otra parte, pese a la rapidez con que solía reaccionar ante sus emociones, ahora se sentía completamente incapaz de emitir ni una sola palabra.

— ¿Tendré que llegar hasta el final, Mowena? — preguntó

Hiklos.

— Espero que no — dijo ella—. Lo espero… con desesperación.

Hiklos dejó escapar algo que pareció una sorda carcajada, que hizo estremecer de nuevo a Terence y sus dos compañeros, y avanzó otro paso.

— Tanto peor para ti, Mowena.

Y fue entonces cuando se detuvo, De pronto, inesperadamente, como si su cuerpo hubiese chocado contra una barrera invisible.

Su esfuerzo por seguir avanzando, por superar aquel impalpable obstáculo, fue completamente vano.

El monstruo soltó ahora un rugido de furor.

— ¿Qué has hecho, Mowena? — preguntó, con su voz terrible.

— ¡Vencerte una vez más! —fue la respuesta, ahora exultante de alegría—. ¡Lo he conseguido! ¡Y tú sabes qué es!

— *¡La barrera contra los cuerpos! ¡La posees!*

Había expresión de derrota, por vez primera en la voz de Hiklos.

— Todavía no está perfeccionada, tiene poca amplitud, pero ha servido para detener tu avance hacia mí — dijo Mowena—. Ahora sé que no podrás acercarte más. Moveré esta cortina hacia los dos, hacia donde intentes la proximidad. ¡Tendrás que retirarte, Hiklos!

— No puedo. En Zelthon me considerarían un fracasado, un traidor. Me acusarían de haberte dejado escapar.

— Vosotros poseéis esta barrera y queréis emplearla para el mal, Hiklos. ¡Para invadirnos a nosotros, que estamos desprovistos de ella! ¡Comprende que, ante esto, ha de serme indiferente la suerte que te tengan reservada los tuyos!

Hablaban en inglés todavía, pero para los tres hombres de la Tierra era como si estuvieran empleando el más desconocido de los idiomas. Todo lo que podía deducirse de sus palabras era que pertenecían a dos planetas, a dos mundos distintos, rivales y enemigos. Dos mundos habitados por razas diferentes. Hiklos era sólo un monstruo considerado desde el punto de vista de los habitantes de la Tierra. Pero en su planeta todos eran como él.

¡Y la inteligencia del cerebro que albergaba aquel enorme cráneo era formidable, imposible de calcular para los terrícolas!

Mentalmente, Terence Lee descartó la primitiva idea de secuestros cósmicos y de bodas impuestas por la fuerza. No había nada de esto. Cada uno luchaba por su planeta como, entre los

humanos, cada uno luchaba por su país.

La que hablaba ahora en son de triunfo era Mowena:

— ¿Te decides a retirarte, Hiklos? ¿O hasta cuándo quieres permanecer aquí, aplastado contra mi cortina?

Hiklos dio un paso atrás.

— No podrás mantenerla indefinidamente — dijo. Había ahora algo de esperanza en su voz—. No puedes estar preparada para ello. Esperaré.

La tensión, por lo tanto, se mantenía. Y el formidable esfuerzo de ambos también, en aquella lucha casi sin movimientos, en la que sólo actuaba el poder de sus respectivos cerebros.

Se producían alternativas en sus estados de ánimo, de acuerdo con las diversas facetas de la situación, pero la realidad era que ninguno de los dos estaba completamente seguro de su victoria.

— Esperaré… y te venceré, Mowena — dijo Hiklos una vez más —. No podrás mantener el esfuerzo por mucho tiempo. Entonces, te llevaré a Zhelton en mi nave.

Trataba de distraerla, de provocar un descuido en su tensión. Continuó:

— Serás mi prisionera… ¡y tus amigos terrícolas morirán, una vez hayan presenciado mi victoria!

Inesperadamente, Terence protestó:

— ¡Nosotros no somos amigos de Mowena! ¡Hasta ahora, sólo hemos sido sus prisioneros!

— Os pedí que me indicaseis el camino a través de las grietas del acantilado y os negasteis a hablar. Era una oportunidad que os ofrecía, y la rechazasteis. ¡Para mí, sois sus amigos! ¡Y Hiklos es implacable con quienes ayudan a sus enemigos! ¡Moriréis!

Hablaba para los tres terrestres, pero sin apartar los ojos de Mowena, atento al menor descuido que ella pudiera manifestar. A su vez, Mowena no le perdía a él de vista.

— Nosotros somos neutrales en esta lucha, Hiklos — replicó Terence—. Lo éramos incluso cuando te ofrecimos capturar a Mowena, a cambio de la libertad y la vida. Era sólo la necesidad de escapar lo que nos forzaba a intervenir. Y ahora, Hildos… ¡*te renuevo la oferta!*

—¿Eh…?

— ¡Mantén tu barrera contra los dardos mentales de Mowena, es

todo lo que te pido! ¡Que no pueda lanzarlos contra mí! ¡En cuanto a la cortina que impide el acercamiento físico, si la vuelve hacia mí te dejará libre a ti el paso! ¡Está atento, Hiklos!

Terence y sus dos compañeros, en su retroceso, se habían situado a espaldas de Mowena. Ésta captó el inesperado peligro y al mismo tiempo, se vio impotente contra el mismo.

No podía disparar sus dardos mentales, porque Hiklos se los tenía bloqueados. Si volvía hacia sus espaldas la cortina protectora, Hiklos tendría el paso libre y se lanzaría sobre, ella con toda la celeridad que le permitieran sus cortas piernas.

¡Inesperadamente, Mowena estaba a merced de los que consideraba infelices hombres de la Tierra! ¡Iba a ser derrotada por ellos, por uno de ellos, cuando Hiklos, con todo su poder, se veía forzado a mantenerse a la espera!

— ¡Traidor! — gritó—. Si consigo dominar esto…

Terence dio un salto hacia delante.

— ¡Sólo es traidor el que deja de cumplir la fidelidad prometida, Mowena! — contestó sobre la marcha—. ¡Yo no se la he prometido jamás a usted! ¡Hace poco ha rechazado incluso el acuerdo de paz que le propuse!

Llegó detrás de la joven y le aferró por los brazos.

Esta vez no hubo rechace de ninguna clase. El cerebro de Terence no recibió ningún choque brutal. Hiklos mantenía el bloqueo mental de Mowena, impidiéndole el lanzamiento de sus dardos.

— ¡Señor Lee! — gritó —. Si me suelta y retrocede, le prometo…

— No le pido nada — la interrumpió él con sequedad—. Sólo quiero sobrevivir, y que sobrevivan mis compañeros.

El profesor Weltz y Tony Reeds, desde más atrás, miraban la escena completamente desconcertados.

Hiklos soltó uno de sus gritos exultantes.

— ¡Esta vez eres definitivamente mi prisionera, Mowena!

— ¡No pierdas la atención sobre ella, Hiklos! —advirtió Terence —. ¡La voy a derribar! ¡Le haré perder su concentración mental y se romperá la barrera que te impide el acercamiento!

Hiklos no necesitaba la advertencia. Sus ojos no se apartaban de los de Mowena.

— ¡Os perdonaré la vida! ¡A los tres! — dijo, sin dejar de mirar a

la joven extraterrestre.

Por eso no vio, ni la atención puesta en Mowena le dejó intuir, lo que Terence Lee estaba haciendo en realidad.

Tampoco vio el arpón mecánico, del equipo de submarinista, que del cinto de Terence había pasado ahora a sus manos, con la celeridad de los viejos pistoleros del Oeste americano.

Oyó, sí, la voz del joven periodista:

— ¡Nunca he pedido tu perdón, Hiklos… *ni lo necesito*!

El afilado arpón volaba ya, velozmente, en busca de la garganta del hombre del planeta Zelthon, y la última sílaba de la frase de Terence Lee coincidió con el impacto.

Esta vez no hubo fallo, como cuando el joven periodista disparó contra el *brisinga* del embudo de la fosa de Tonga.

Hiklos dejó escapar un grito estertoroso, espeluznante, dio un paso atrás, trastabilló, se doblaron sus cortas piernas y cayó inerte sobre el arenoso suelo de la cueva del islote.

El vulgar dardo de un hombre de la Tierra había vencido a las poderosas barreras de ondas mentales de aquel habitante del planeta Zelthon.

* * *

Terence sujetaba todavía un brazo de Mowena con una mano, mientras en la otra empuñaba la pistola con la que había disparado el arpón.

Soltó a la joven y miró al caído Hiklos.

— No desearía haberle matado — dijo, con la voz ligeramente alterada —. Pero era mi único camino. La única posibilidad de salvar mi vida y la de los demás.

Julius Weltz y Tony Reeds no se habían movido. Desde más al fondo de la cueva, detrás de Terence y de Mowena, contemplaban la escena en silencio, sin acabar de creer lo que estaban viendo.

La extraterrestre se estaba recuperando poco a poco de la formidable tensión a la que se había tenido que someter para sostener la lucha mental contra su enemigo.

Sin decir nada, se arrodilló junto a Hiklos y, con cuidado, le extrajo el arpón, que no había acabado de atravesarle el cuello.

—No he podido elegir—murmuró Terence—. Era el único punto

vulnerable que me ofrecía. No estaba seguro de que el arpón pudiera perforar la tela de su equipo de buzo… y esta vez no podía arriesgarme a un fracaso, que nos hubiera costado muy caro a todos.

— Incluida yo — dijo Mowena, empezando por fin a hablar—. Estaba al final de mis posibilidades.

Buscó algo en su cinturón. Algo que a Terence le pareció una desconocida cura de urgencia, y la aplicó sobre la herida de Hiklos.

— No ha muerto — comentó la joven—. Su constitución es más fuerte que la de ustedes… y que la mía propia. Pero ha quedado muy debilitado. Aunque vuelva en sí, no podrá utilizar, hasta que esté completamente restablecido de la herida, su energía mental. Esto nos beneficia a todos.

— ¿Qué piensa hacer con él, Mowena?

— Es su prisionero. Es usted quien lo ha vencido.

— Se lo cedo. Lo único que podría hacer yo sería exhibirlo de feria en feria por todas las ciudades de la Tierra. Pero no tengo vocación de circo.

Aplicada la cura, Mowena se puso en pie.

— Ahora, vuelvo a tener una nave del espacio — dijo—. La de Hiklos. Le encerraré en ella y me lo llevaré prisionero a mi planeta. Ahora no necesito ya quedarme aquí.

Miró atentamente a los ojos de Terence.

— ¿Por qué lo ha hecho, señor Lee? — preguntó.

— Hiklos había declarado reiteradamente su intención de darnos muerte. A mis compañeros y a mí.

— Entonces… ¿no deseaba en realidad inmovilizarme, reducirme y entregarme a él?

Terence sonrió con burla.

— La encuentro un poco ingenua, por ser de un mundo de civilización superior a la de nuestra Tierra. Nosotros somos más astutos, más pillos. Quizá una cosa compensa a la otra. Y, a la hora de la verdad, se ha demostrado que mi astucia superaba a todos los poderes mentales.

— No se le puede negar, por lo menos en esta ocasión. Pero llegué a creer verdaderamente que estaba usted contra mí.

— Todos luchamos a nuestro modo. Usted nos dejó creer que nos haría morir aplastados por la presión del agua, cuando en

realidad pensaba ya meternos dentro de su famosa burbuja.

— Hiklos tenía interferida la radio de nuestros cascos. Nos escuchaba. A mí me convenía hacerle creer en mi implacabilidad, en mi indomable decisión de no vacilar ante nada, fuera lo que fuese, antes que ser capturada o de que alguien pudiese colaborar a ello facilitando datos.

Terence sonrió.

— Ya mí, me interesaba amansar a Hiklos. Era un peligro desconocido. Aparenté pactar con él para que nos dejara vía libre con el batiscafo. No sé qué hubiera ocurrido, pero no podía dejarle entender que soy completamente incapaz de entregar a nadie, para que se le aplique un castigo cuyo alcance desconozco.

— Me hubiera transportado a Zelthon, su planeta — explicó Mowena—. Allí, me hubiera juzgado un tribunal militar… y hubiese sido encerrada para el resto de mi vida en una de sus horribles mazmorras.

Julius Weltz y Tony Reeds se habían acercado lentamente. El profesor tendió la diestra a Terence, y manifestó:

— Logró engañarme incluso a mí, Lee. Llegué, en efecto, a creer que se proponía entregar a Mowena. Perdone mis dudas, muchacho.

Terence le estrechó la mano.

— Era lo que me proponía que creyeran todos… incluso Hiklos. Sé que un caballero de la antigua escuela, como usted, no hubiera sido capaz ni de la ficción.

— En efecto. Y hasta me mostré resentido con usted.

— Mire, profesor: a Hiklos había que engañarle y, sobre todo, pillarle desprevenido. Como le sorprendió Mowena antes de presentarme en nuestro batiscafo, mi arpón nunca se hubiera clavado en su cuerpo, estando él atento. Sólo lo conseguí aparentando que atacaba a Mowena y haciendo que toda la atención de Hiklos se centrara en ella.

Se volvió sonriendo hacia la joven y le preguntó:

—¿Se acabaron los resentimientos?

— Definitivamente. Y todavía no le he dado las gracias.

— Se está portando usted como una pobre terrícola, Mowena.

— También en mi planeta sabemos ser agradecidos.

La voz de la joven, ahora, había perdido por completo su tono frío. Terence se dijo que se mostraba casi afectuosa. Y hasta llegó a

pensar que, de no estar Claire Huntington, la hija de su detestado redactor jefe del «Philadelphia Sun», habría sido capaz de enamorarse de ella.

— ¿Se refiere a esa distante Atlántida? ¿A la Atlántida sideral?

Mowena sonrió.

— No se llama Atlántida — dijo—. Su nombre, el que le damos nosotros, es Bohén.

Julius Weltz frunció el ceño.

— Pero usted dijo…

— Sí, profesor. Di el nombre de Atlántida. Ejerzo una profesión en la que se ha de saber, por encima de todo, ocultar la verdad sobre las cosas. He estado varias veces en la Tierra, estudiándola y enterándome de sus costumbres, de sus leyendas. También, como pueden comprobar, aprendiendo algunos de sus idiomas. Hay mucha semejanza entre la Tierra y nuestro Bohén, de la constelación de Andrómeda.

— ¿Y esto qué tiene que ver?

— Yo conocía sus leyendas sobre la antiquísima Atlántida. Se ha llegado a decir, o a sospechar, que poseían naves del espacio. Y que al producirse la gran catástrofe que hundió la isla en el fondo del océano, los que pudieron escapar en dichas naves fueron a instalarse en un planeta lejano, fuera de su Sistema Solar.

— ¿Y se le ocurrió el de Atlántida? Curioso…

— Yo pisaba el fondo del Pacífico. No podía decir que era terrícola, pues ustedes no me hubieran creído. Pero podía pasar por un atlante; por una descendiente de la supuesta raza terrestre que abandonó el planeta hace millones de años.

Después de una leve sonrisa, la joven continuó:

— Además… el nombre de «Atlántida» figuraba en el costado de su batiscafo. ¿Lo han olvidado? Ello me sugirió inmediatamente la idea. Admito, pues, que todo el mérito no es mío.

Julius Weltz bajó la cabeza, evidentemente decepcionado. Casi entristecido.

— Lo siento — murmuró—. Lamento sinceramente que todo ello no fuera verdad. Yo… me había llegado a ilusionar, convencido de que usted era una auténtica descendiente de los antiguos atlantes.

Terence le apoyó una mano en el hombro.

— No estamos aún seguros de que no lo sea, profesor— le animó

—. Si de verdad existieron, si de verdad poseían naves del espacio y escaparon al producirse la caída de la famosa luna…

Pero Mowena movió la cabeza negativamente.

— ¿Y ahora puede decimos algo de Zelthon, el planeta de nuestro derrotado amigo Hiklos?

— Se lo tienen ganado. Además, sé que ahora no traicionaré a mi planeta ni a mi deber profesional

— Díganos entonces cuál es su profesión. Nos tiene intrigados.

— Pensé que la habrían adivinado ya — contestó Mowena—. Soy… una agente secreto, al servicio de mi país, que allí es el planeta entero.

Terence sonrió.

— No quiero dármelas de listo — dijo—, pero más o menos he llegado a esta conclusión, después de rechazar conjeturas mucho más fantásticas.

— Y ahora — dijo Julius Weltz—, cumplida su misión, podrá emprender el regreso a su querido planeta. Lo único que siento es que no sea realmente Atlántida…

Mowena se puso seria.

— Mi misión no era escapar de Hiklos, profesor — dijo—. Esto sólo ha sido un incidente poco grato para mí.

— Entonces…

— Es ahora cuando libre ya de la preocupación por Hiklos, voy a poder completar la misión que me ha traído a la Tierra — concretó la joven.

CAPÍTULO VII

Siguieron unos momentos de silencio general, que Terence fue el primero en romper.

— Mowena — dijo—, mi primer encuentro con extraterrestres ha tenido dos factores diametralmente opuestas: una desagradable, con Hiklos, y otra grata, con usted. Me atrevo a sospechar que ha llegado incluso a crearse una amistad entre nosotros. Pero, con toda sinceridad, si ha de empezar de nuevo a recorrer fondos de mares y meterse en agujeros entre rocas, no cuente conmigo.

— Ni conmigo — añadió el profesor—. Compréndalo, yo no soy más que un pacífico hombre de ciencia.

— Y yo — dijo a su vez Tony Reeds—, a todo lo que aspiro es a regresar cuanto antes a los Estados Unidos y contemplar los encuentros de lucha desde un asiento de primera fila.

— Yo no he pedido su colaboración — les replicó Mowena —. Soy yo la que ha de cumplir lo que se me ha ordenado.

— Y, naturalmente, no va a decírnoslo — sonrió Terence—. Comprendemos que ello forma parte del secreto del servicio. Por lo que veo, su planeta, se llame como se llame, es tan complicado como el nuestro.

— Las complicaciones brotan siempre, donde hay seres inteligentes — contestó Mowena—. Nosotros necesitamos estar en continua vigilancia. El planeta Zelthon está cerca del nuestro… como Marte lo está de ustedes. Forma parte del mismo sistema. Y, además, está habitado.

— Por seres de la misma raza de Hiklos, ¿verdad?

— En Zelthon conviven dos razas: la de Hiklos y otra muy parecida a la nuestra. No obstante, la que manda en realidad, la raza dominadora, es la de Hiklos.

— Comprendo. Aquí suceden cosas parecidas, en algunas naciones. Ustedes, los de Bohén, quieren sin duda liberar a la raza oprimida…

— Más bien es la otra, la de Hiklos, la que quiere completar su dominio, apoderándose de Bohén. No haga caso de su aspecto físico. Son sumamente inteligentes, y nos superan incluso en

algunos aspectos.

Terence miró hacia Hiklos, que seguía tendido, inconsciente, sobre la arena.

— Nunca lo hubiera sospechado viendo a este ejemplar — comentó.

— Pero es así — continuó Mowena —. A pesar de todo, no existe entre nosotros una guerra declarada. Oficialmente, vivimos en paz. Pero los respectivos servicios secretos y de contraespionaje nos vigilamos continuamente.

— Y aquí empieza su misión, ¿verdad? No aspiro a que me la comunique.

— Parte de ella se ha hecho ya pública entre nosotros. Los hombres de Zelthon poseen una fuerza mental muy desarrollada, y supimos que habían conseguido emitir unas ondas protectoras, similares a la cortina que yo interpuse entre Hiklos y mi persona cuando quiso atacarme.

— Una buena defensa, hay que admitirlo. Ojalá pudiera utilizarla yo.

— Hasta ahora, las teníamos en las naves, para rechazar los proyectiles del enemigo. Pero se producían mediante una energía ajena a la persona. El hecho de poderlas emitir sólo con el cerebro significa una ventaja considerable. Es una coraza que cada atacante puede llevar y le protege contra cualquier tipo de proyectil.

— Pero usted ha demostrado servirse también de ella.

— A mí me enviaron a Zelthon a investigar. Me mezclé con la población de mi raza, para pasar inadvertida, y de este modo conseguí estudiar y aprender la gimnasia mental necesaria para conseguir la emisión de esas ondas cerebrales. Era lo que se me había pedido.

— Para enseñar el procedimiento a los habitantes de su planeta, supongo.

— Exactamente. En Zelthon empecé a practicar una vez que pude descubrir el modo de hacerlo. De forma imperfecta aún. Por eso, la cortina con la que me protegí de Hiklos no fue completamente circular. A causa de ello tenía aún miedo de que me fallase, de que me saliera mal.

— Como profesor, yo le daría un buen aprobado — dijo Terence.

— Lo malo para mí fue que no pude permanecer en Zelthon el

tiempo que me había propuesto. Los servicios de contraespionaje, a los que pertenece Hiklos, funcionan intensamente.

—Y fue descubierta, claro.

— No — contestó la joven—. Fui denunciada.

— ¿Denunciada? ¿Por quién? Bueno… aunque me lo dijera, el conocer un nombre no me serviría de nada.

— La Tierra — explicó Mowena— no queda distante para nosotros desde que podemos emplear el sistema de «salto al vacío» para realizar el viaje. Y es, entre los planetas habitados que conocemos, el que tiene una raza más parecida a la nuestra.

— No sé si decir que ello es un honor.

— No lo diga. Nosotros la tenemos bien estudiada, como ya saben. Y… cuando nos conviene, mezclamos a alguno de nuestros agentes entre su población. Nadie puede sospecharlo. Por eso la elegimos.

— ¡Eh! — exclamó Terence. Miró cómicamente asustado hacia Julius Weltz y le preguntó —: ¿No será usted uno de *ellos,* profesor?

— Me gustaría… por los conocimientos que poseen, no por otra cosa—contestó el aludido.

— Usted fue capaz de diseñar un batiscafo capaz de descender a profundidades hasta las que no había logrado llegar ninguna nave de la Tierra.

— Por desgracia, no lo pude hacer bastante resistente. Y ya vio lo que sucedió con él.

Weltz apoyó una mano en el hombro de Terence, y añadió:

— Tranquilícese, Lee. Que yo sepa, la única extraterrestre que hay aquí es Mowena.

— Acepto su palabra — contestó el periodista, manteniendo el tono cómico de la conversación—. Me había empezado a asustar un poco.

— El plan era que, una vez estuviese yo entrenada, o en caso de ser descubierta, para evitar complicaciones, digamos diplomáticas, en vez de regresar a Bohén, me dirigiría a la Tierra. Aquí me debía esperar un contacto. Uno de los nuestros que lleva varios años entre ustedes y no se sospecha de su naturaleza ni siquiera por el acento al hablar.

— Mowena, creo que si ustedes quisieran invadirnos, les sería mucho más fácil que a los hombres de Zelthon invadirles a ustedes.

—Nunca nos hemos propuesto tal cosa. No nos sería de ninguna utilidad. Cuando luchamos, es sólo para defendemos.

—¿Y qué fue de su enlace aquí?

— Yo tenía que enseñarle lo aprendido en Zelthon. Cuando empecé mis entrenamientos mentales, le envié un mensaje. Los agentes secretos nos conocemos por cifras, pero no personalmente.

— Entonces ¿no sabe usted quién es su enlace, ni dónde está?

— No sé quién es. Sólo sabía que estaba alerta y que recibiría el mensaje. Nos dimos entonces una cita.

— Supongo que sería en algún lugar desierto de la Tierra.

—Completamente desierto… salvo los peces abisales, señor Lee — contestó Mowena—. ¡Porque el encuentro entre el enlace y yo debía tener lugar en el fondo del océano Pacífico!

* * *

Fue como si se hubiera experimentado una sacudida general. La tensión se hizo enorme. El relato de Mowena estaba adquiriendo, de pronto, un interés inusitado.

— ¡No va a decimos que su enlace había de encontrarse con usted a bordo de un batiscafo! — exclamó Terence.

— Mi enlace tiene una nave del espacio, capaz de sumergirse en el mar, como las demás. Con ella tema que acudir. Pero lo que hizo en realidad fue denunciarme. El hombre había entrado en el servicio secreto de Bohén, pero era habitante de Zelthon. De los parecidos a nosotros. ¡En realidad pertenecía al servicio secreto de Zelthon!

— Decididamente, lo mismo que ocurre por nuestras latitudes — comentó Terence, esforzándose por contener su emoción,

— Fui descubierta y tuve que huir — continuó Mowena—. Por suerte, pude hacerlo a tiempo, pero no sin que Hiklos fuese destacado para perseguirme y capturarme. El espionaje se castiga en Zelthon con prisión perpetua.

— ¿Y su falso enlace…?

— No utilizó la nave del espacio, porque yo había podido enterarme ya de su traición. Escapé, di el «salto al vacío», siempre con Hiklos detrás de mí. Pude esconder mi nave en el acantilado y salí con mi auto-propulsor, pensando sorprender a Hiklos y

averiarle su nave. Pero tuve un fallo, me vi precisada a andar por el fondo… y me disponía a utilizar mi burbuja de aire cuando me descubrieron ustedes.

— Y el resto nos es conocido, como suele decirse.

— Preferí entonces aferrarme al batiscafo en vez de utilizar la burbuja, que hubiera sido descubierta por Hiklos con facilidad.

Hubo unos momentos de silencio, después de los cuales Terence manifestó:

— Bien, Mowena, gracias por su relato. Ha demostrado tenernos por fin confianza. Sin embargo hay algunas cosas que no acabo de comprender.

— ¿Cuáles?

— El interés demostrado, tanto por Hiklos como por usted, hacia el batiscafo y los pobres terrícolas que navegábamos en él.

— Era un interés por motivos opuestos.

—¿Eh…?

— ¡Tanto Hiklos como yo esperábamos encontrar al enlace en el batiscafo! ¡Él, para darle nuevas instrucciones, y yo, para castigarle!

— Pero… ¿cómo ha podido usted imaginar…?

La expresión de Mowena se endureció.

— Al enlace no le convenía utilizar una nave, porque yo le hubiera identificado al momento. Una lucha entre ambos, antes de la llegada de Hiklos, podía significar su destrucción. Hiklos, en cambio, sí que le conocía personalmente. Sólo que… el enlace creyó que él me tenía dominada, y no intervino. ¡Y después, usted lo resolvió todo con enorme rapidez, señor Lee!

Terence frunció el ceño.

— ¿Está usted insinuando que uno de nosotros tres es… habitante de su planeta?

— No del mío. ¡Es habitante de Zelthon, aunque de mi raza!

— ¡Eso es una locura! —exclamó Julius Weltz—. ¿Cómo puede siquiera insinuar que dé crédito a ello, Lee?

Pero Mowena insistió:

— ¿No le parece curioso, que con lo larga que es la fosa de Tonga, el batiscafo estuviera en el lugar que primitivamente habíamos señalado para mi cita con el falso enlace? ¿Y que fueran descubiertas mis huellas?

— ¿Quiere decir… que el enlace sabía que estaba usted allí?

— Y que me buscaba, desde luego. El batiscafo sirvió para orientar a Hiklos en mi persecución.

Terence se volvió hacia Weltz.

— Profesor… ¿tiene usted algo que decir sobre esto?

— Lo de antes — contestó el científico, con calma —. Que no es más que una locura.

— ¿Y si fuera verdad?

— La propia Mowena dice que no conoce al enlace. No puede señalar a ninguno. ¡Y no creo que acuse a nadie de nosotros por capricho!

— El enlace deseaba estar en el fondo del Pacífico. Buscó alguna excusa para ello…

Terence miró amenazadoramente al profesor.

— Usted planeó todo esto — dijo—. Su historia de la vieja Atlántida, que todo el mundo considera una leyenda, fue la excusa…

— ¡Yo sigo considerándola una realidad! —protestó el profesor —. ¡Está en alguna parte y sé que acabará siendo descubierta! Lo único que lamentaría es que la descubriese otro.

Tony Reeds protestó también.

— ¡Terence, parece que te ha dado muy fuerte todo esto! ¡Acabemos ya! ¡Que esta mujer regrese a su planeta y nosotros emprendamos la marcha hacia los Estados Unidos de una vez!

— Realmente, Lee — murmuró Weltz —, no esperaba que se dejara usted llevar por ideas tan descabelladas. Ni que la belleza de una extraterrestre influyera tanto en usted. Cuando yo había llegado a creer que eran enemigos, que la quería entregar…

— Fue pura ficción. Ya lo sabe.

— Pero mientras no lo sabíamos, llegué a sospechar que el falso enlace era usted, Lee. Y… ahora puedo decírselo, escapó por muy poco a un dardo» mortal que me proponía dirigirle.

— ¿Por qué no lo hizo? ¿Qué la impelió a desistir? — preguntó Terence.

— *La comprobación de la verdad. Un segundo antes de lanzar mi dardo mental contra usted supe quién era el traidor que buscaba* — contestó Mowena en tono solemne.

* * *

Tony Reeds intervino de nuevo:

— Bueno, ¿vamos a estar discutiendo por una cosa que no nos incumbe? ¿Vamos a solucionar aquí los problemas de un lejano planeta? La propia Mowena dijo que no nos necesitaba.

— No, señor Reeds. No les necesito. Soy yo la que ha de resolver la situación… y voy a hacerlo ahora mismo.

Se encaró con Julius Weltz y ordenó:

— Muéstreme su brazo derecho, profesor.

— No tengo por qué someterme a su exigencia, Mowena. Esto es una tontería.

Pero ella insistió:

— Los agentes secretos de Bohén llevan una marca indeleble en el brazo derecho. Algo muy parecido a las flores de lis de ustedes. El falso agente, al ingresar, tuvo que dejársela marcar. Y ya he dicho que esa señal no se borra nunca.

— Entonces, si no es usted, profesor — dijo Terence—, lo mejor que puede hacer es mostrar su brazo.

— Lo considero una humillación innecesaria.

Terence, muy rápido, le agarró por un hombro.

— ¡Basta ya de protestas, profesor! ¡Lo hará usted inmediatamente!—gritó. Levantó amenazadoramente el otro puño, y añadió —: ¡De lo contrario, haremos la comprobación estando usted inconsciente!

Weltz sonrió con desprecio.

— Si soy extraterrestre… ¿no piensa en mi poder mental y en mi capacidad para evitar golpes… y contraatacar con «dardos»?

— Yo le bloqueo la mente en estos momentos, profesor— dijo Mowena—. El señor Lee puede acabar libremente con usted.

Terence tomó impulso para descargar el puñetazo. Pero, en el último instante, se dejó oír la voz imperiosa de Mowena:

— ¡No! *¡Quieto, señor Lee!*

Y algo, una fuerza desconocida, detuvo el brazo del periodista cuando ya su puño estaba a escasos centímetros de la mandíbula del científico.

Al mismo tiempo, Tony caía al suelo, inconsciente, como fulminado por un rayo.

Terence miró a Mowena, sin soltar todavía al profesor.

— ¿Qué… qué significa esto? — preguntó, con voz aturdida.

La joven sonrió ligeramente.

— Usted me enseñó el truco, señor Lee — dijo.

— No comprendo…

Mowena señaló al derribado Reeds, no lejos de donde yacía aún el también inconsciente Hiklos.

— *Es él* — dijo.

— ¿Tony?

— Pero era necesario darle a entender que no sospechábamos, para que no estuviese prevenido aún. Vio que acosábamos al profesor, y conservaba toda su fuerza mental para cuando, tras comprobar que no llevaba señal alguna en el brazo, le hubiésemos exigido a él que enseñase el suyo.

— ¡Increíble! —murmuró Terence.

Ella sonrió de nuevo y miró al profesor.

— Sospecho… que usted ha realizado una pequeña comedia con su resistencia, para colaborar. ¿Me equivoco, profesor?

— No, Mowena. He adivinado su intención — contestó Weltz —. He comprendido que intentaba distraer a su víctima… y no podía tratarse de Lee.

— ¿Por qué? — preguntó Terence—. Todos éramos igualmente sospechosos, ¿no?

— De haber sido usted extraterrestre… su arpón se hubiera clavado en el cuerpo de Mowena, no en el de Hiklos — declaró el profesor, tranquilamente, y de nuevo con su calma habitual.

— ¡Hum! No… no se me ocurrió pensarlo.

— Por tanto — prosiguió Weltz—, si aquí había en realidad uno que no fuese de los *nuestros,* descartado usted, y descartado yo mismo, porque yo sabía que no lo era, la sospecha recaía sobre Reeds. Lógica pura.

— En resumen, que soy el más torpe del grupo. Yo pensé de verdad que podía ser usted, profesor.

— Me devolvió la pelota por haber sospechado yo de usted con anterioridad, ¿no?

Mowena estaba arrodillada en el suelo y acababa de rasgar la manga derecha del equipo de submarinista de Reeds.

— Su torpeza nos ha permitido una victoria rápida, señor Lee — dijo.

— Se la ha permitido a usted. Nosotros somos terrestres y nada tenemos que ver con sus líos.

— Pero tenían a un «infiltrado»... y peligroso. Bonachón, quejándose siempre, aparentando sorpresa tras sorpresa... ¡pero miren!

Mostró lo que efectivamente se hubiera podido tomar por una pequeña flor de lis, aunque no era exactamente igual, tatuada en el brazo desnudo de Reeds.

— Esta flor es nuestro emblema nacional... o planetario, como quieran llamarlo — prosiguió Mowena—. Ningún habitante de la Tierra podría llevar una exactamente igual, porque se trata de una flor que aquí no existe.

— Hay que admitirlo — asintió Terence.

— ¿Qué va a hacer con él? — preguntó Weltz—. Aquí provocaríamos una gran alarma si los entregásemos a las autoridades.

— Juró fidelidad a nuestro servicio, y nos ha traicionado— dijo Mowena, muy grave—. Ha de ser juzgado por nuestras propias leyes. Creo que lo pasará mucho peor que Hiklos. Él es agente del contraespionaje de su planeta, y al perseguirme cumplía con su deber. Por eso, a pesar de todo, yo no quería atentar contra su vida.

— Total — sonrió Terence—, que luchan... pero se respetan.

— Podemos dejarlo así.

— ¿Y cómo supo que Tony... bueno, ese individuo era su agente traidor?

— Cuando, por orden de usted, me sujetó los brazos en el batiscafo y le disparé un dardo mental para liberarme.

— Sin embargo, cayó...

Mowena mostró una sonrisa.

— Noté un intento de resistencia a mi golpe, señor Lee. Reeds, por instinto, trató de contrarrestarme. Inmediatamente comprendió su error, y desistió. Pero fue tarde. Adiviné que acababa de identificar al agente traidor.

— ¿Y si Reeds hubiese luchado...?

— No le convenía. Hubiera sucedido algo parecido a lo que ocurrió en mi lucha con Hiklos. Y ustedes estaban allí, para intervenir al más leve descuido. Habrían tomado partido contra el intruso, contra el que se fingía un terrícola como ustedes.

— Ahora recuerdo lo que Reeds insistió para ser admitido como piloto del batiscafo — murmuró el profesor.

— Buscaba la forma de acudir a la frustrada cita, y vio en ello su posibilidad. Y él dirigía la nave. Usted, profesor, se limitaba a comprobar que se dirigieran a la fosa de Tonga. Le importaba poco el itinerario exacto.

— Es cierto, Mowena…

Ella se había puesto en pie. Sonreía ahora plenamente. Y estaba muy hermosa. Como la más hermosa de las mujeres de la Tierra.

— Ahora, ha terminado todo definitivamente — les dijo—. Les dejo, como amiga. Pero he de volver a mi planeta, con los prisioneros. Y para iniciar las lecciones de «cortina mental».

— Será una separación casi penosa, Mowena — contestó Lee.

— Dentro de unos días, les parecerá que todo esto lo han soñado. Será mejor así, ¿no creen? Pero antes de marcharme, en la nave espacial de Hiklos, les llevaré hasta el batiscafo, para que puedan repararlo y continuar viaje en él. ¿Les parece bien?

— ¡A condición de que el profesor desista de su búsqueda de la Atlántida y emprendamos el regreso a los Estados Unidos! —dijo Terence.

Julius Weltz se encogió de hombros.

— Creo que tendré que resignarme — manifestó —. No quiero exponerme, con la poca gente de que dispongo, a tener una nueva rebelión a bordo.

* * *

El batiscafo navegaba ahora a muy pocos metros por debajo de la superficie del océano Pacífico, rumbo al puerto de San Francisco.

Habían transcurrido dos días después de marcharse Mowena, en su astronave.

— ¿Cómo vamos a justificar la falta de Tony… o cómo se llamara en realidad, profesor? — preguntó Terence, en un tono de preocupación.

— No podemos contar la verdad, Lee — dijo el científico—. Es mejor que lo guardemos todo entre nosotros dos. En cuanto a Reeds… pudo muy bien haber salido del batiscafo, navegando a esta altura, y haber sido presa de un tiburón.

— Supongo que algo así tendremos que decir.

— Tendremos que aceptar un interrogatorio de las autoridades, pero nos pondremos de acuerdo. Sin embargo, creo que, pensándolo bien, deberíamos decir la verdad a los servicios secretos de nuestro país.

— Completamente de acuerdo. Y esto de los servicios secretos me recuerda a Mowena, profesor.

— Admito que le causara impresión. Es muy hermosa. Pero, como dijo ella, considerémoslo todo como un sueño.

Estaban en la cámara de máquinas del batiscafo. Terence tomó su pequeña máquina tomavistas y la mostró a Weltz.

— Quedó registrada aquí. ¿Cree que sería prudente destruir el trozo de película?

— Es mejor que la conserve, como un recuerdo de esta aventura, Lee.

Terence hizo una mueca.

— ¡Hum! ¿Y qué pasará si un día Claire la descubre?

— Seguro que no le disparará ningún dardo mental como castigo, Lee — contestó el profesor, sonriendo.

— ¡Tiene usted razón! —gruñó Terence—. Me estaba olvidando de los «dardos». Compadezco al hombre que se case con Mowena, si llega a casarse. En cuanto a mí… prefiero a la dulce Claire… ¡aunque eso me obligue a soportar a George Huntington, el cascarrabias de su padre!

Y el batiscafo prosiguió lentamente su marcha, hacia el puerto que les esperaba. Un puerto de la Tierra, al que habían llegado a temer que no regresarían jamás.

FIN